

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

NOMBRA NAPOLEON Á SOULT SU LUGAR-TENIENTE EN ESPAÑA.— MEDIDAS QUE TOMA SOULT.— PROCLAMA QUE DA.— SITIAN LOS INGLESES Á SAN SEBASTIAN.— ASALTO INFRUCTUOSO.— INTENTOS DE SOULT.— ESTANCIAS DE LOS EJÉRCITOS.— SE ESTRECHA DE NUEVO Á SAN SEBASTIAN.— LA ASALTAN LOS ALIADOS.— LA ENTRAN Á VIVA FUERZA.— SE INCENDIA Y LA SAQUEAN LOS ANGLO-PORTUGUESES.— CUARTO EJÉRCITO ESPAÑOL.— DÓNDE SE ACANTONA.— ACCION DE SAN MARCIAL.— VICTORIA QUE CONSIGUEN LOS ESPAÑOLES.— ATACAN LOS ALIADOS EL CASTILLO DE SAN SEBASTIAN.— SE RINDE.— ESTADO DE CATALUÑA.— REENCUENTRO EN SAN SADURNI.— SOCORREN Y VUELAN LOS FRANCESES Á TARRAGONA.— SARSFIELD.— TERCER EJÉRCITO EN EL EBRO.— REENCUENTRO QUE TIENE.— PASA Á NAVARRA.— BENTINCK EN VILLAFRANCA.— PELEA EN ORDAL.— SUCESOS POSTERIORES.— ESTADO DE LOS NEGOCIOS EN ALEMANIA.— ARMISTICIO DE PLESSWITZ.— RÓMPESE.— ÚNESE EL AUSTRIA Á LOS ALIADOS.— LAS CÓRTEES Y SU RUMBO.— DISCUSION SOBRE TRASLADARSE Á MADRID.— SE DILATA LA TRASLACION.— OTROS DEBATES SOBRE LA MATERIA.— EL DIPUTADO ANTILLON.— VÁRIAS MEDIDAS ÚTILES DE LAS CÓRTEES.— RESOLUCIONES DE LAS MISMAS EN HACIENDA.— EL DIPUTADO PORCEL.— NOMBRAN LAS CÓRTEES LA DIPUTACION PERMANENTE.— CIERRAN LAS CÓRTEES EXTRAORDINARIAS SUS SESIONES EL 14 DE SETIEMBRE.— LA FIEBRE AMARILLA EN CÁDIZ.— VUÉLVENSE Á ABRIR EL 16 LAS CÓRTEES EXTRAORDINARIAS.— MOTIVO DE ELLO LA FIEBRE AMARILLA.— ACALORADOS DEBATES.— CIÉRRANSE DE NUEVO EL 20 LAS CÓRTEES EXTRAORDINARIAS.— SU LEGITIMIDAD.— SU FORMA Y RARA COMPOSICION.— SUS FALTAS.— CONSTITÚYENSE Y ABREN SUS SESIONES EN CÁDIZ LAS CÓRTEES ORDINARIAS.— SE TRASLADAN Á LA ISLA DE LEON.— SU COMPOSICION AL PRINCIPIO.— LO QUE HUBO EN LAS ELECCIONES.— ESTADO DE LOS PARTIDOS EN LAS NUEVAS CÓRTEES.— DIPUTADOS QUE SE DISTINGUEN EN ELLAS.— ANTILLON Y SUS RIESCOS.— MARTINEZ DE LA ROSA.— PRIMEROS TRABAJOS DE ESTAS CÓRTEES.— CONTIENDA SOBRE EL MANDO DE LORD WELLINGTON.— NADA SE RESUELVE.— TRASLÁDANSE LAS CÓRTEES Y EL GOBIERNO DE LA ISLA Á MADRID.— ESTADO DE GUERRA.— EJÉRCITO ALIADO EN EL VIDASOA.— EJÉRCITO DEL MARISCAL DOULT.— SE DISPONE WELLINGTON AL PASO DEL VIDASOA.— VERIFÍCALO.— SE DISTINGUE EL CUARTO EJÉRCITO ESPAÑOL.— TAMBIEN EL DE RESERVA DE ANDALUCÍA.— PISAN LOS ALIADOS EL TERRITORIO FRANCÉS.— PROVIDENCIAS DE WELLINGTON.— BLOQUEO DE PAMPLONA.— SE RINDE LA PLAZA Á LOS ESPAÑOLES.— EXACCIONES Y PÉRDIDAS DE NAVA-

RRA Y PROVINCIAS VASCONGADAS.— SITUACION DE SOULT EN EL NIVELLE.— PROYECTO DE WELLINGTON.— LORD WELLINGTON EN SAINT-PÉ.— CURA DE ESTE PUEBLO.— VENIDA DEL DUQUE DE ANGULEMA.— WELLINGTON EN SAN JUAN DE LUZ: SU LINEA.— DISCIPLINA Y ESTADO DEL EJÉRCITO ANGLO-HISPANO-PORTUGUES.— VUELVEN Á ESPAÑA CASI TODO EL CUARTO EJÉRCITO Y EL DE RESERVA DE ANDALUCÍA.— MOVIMIENTOS Y COMBATES EN EL NIVE.— ESTANCIAS DE LOS RESPECTIVOS EJÉRCITOS.— EL GENERAL HARISPE.— SUCESOS EN CATALUÑA.— VALENCIA.— RÍNDENSE Á LOS ESPAÑOLES MORELLA Y DENIA.— SUCESOS EN ALEMANIA Y NORTE DE EUROPA.

En medio de los graves cuidados que rodeaban á Napoleon en Alemania y demas partes del Norte, no ponía él en olvido las cosas de España. Enojóle á lo sumo lo acaecido en Vitoria; y como achacase á impericia de José y del mariscal Jourdan tamaña desgracia, separólos del mando, nombrando por sucesor de ambos al mariscal Soult bajo el título de lugarteniente del Emperador en España; determinacion que tomó en Dresde por decreto de 1.º de Julio.

Posesionóse del nuevo cargo aquel mariscal el 12 del propio mes en San Juan de Pié de Puerto, y refundió en uno solo los diversos ejércitos que ántes se apellidáran del Norte, Portugal, Mediodía y Centro, denominando al formado ahora ejército de España, y distribuyéndole en nueve divisiones, repartidas en tres grandes trozos, á saber: el de la derecha, á las órdenes del Conde de Reille; el del centro, á las del Conde D'Erlon, y el de la izquierda, á las del general Clausel. Compuso, ademas, una reserva, que gobernaba el general Villatte, junto con dos divisiones de caballería pesada, conducidas por los generales Tilly y Treillard, y otra ligera de la misma arma, que regía el general Soult, hermano del mariscal.

Al encargarse éste del mando en jefe, dió á las tropas una proclama, en cuyo tenor, al paso que comprometia la fama y buen nombre de sus antecesores, mostraba abrigar en su pecho esperanzas harto lisonjeras sobre la campaña que iba á emprenderse. «Culpa es de otros, decia, el estado actual del ejército: sea gloria nuestra el mejorarle.— He dado parte al Emperador de vuestro valor y de vuestro celo.— Son sus órdenes echar al enemigo de esas cumbres, desde donde atalaya nuestros fértiles valles, y forzarle á repasar el Ebro.— Plantarémos en breve nuestras tiendas en tierra española, y de ella sacarémos los recursos que nos sean necesarios.— Fechemos en Vitoria nuestros primeros triunfos, y celebremos allí el dia del cumpleaños del Emperador. «No correspon-

diendo los hechos á confianza tan sobrada y ciega, convirtiósese esta proclama en simple desvaporizadero de pomposas palabras.

El dia mismo en que tomó el mando el mariscal Soult partieron de San Juan de Pié de Puerto el rey José y el mariscal Jourdan, éste para lo interior de Francia, aquél para Saint-Esprit, arrabal de Bayona, al otro lado del Adour. Terminó José así y de un modo tan poco airoso su transitorio reinado, graduando con razon de ofensa el que le desposeyera del trono hasta su propio hermano, quien, sin tener cuenta con su persona, habia conferido á Soult la lugartenencia de España, á nombre solo y en representacion de la corona de Francia.

Queriendo, pues, el nuevo General dar principio al plan anunciado en su proclama, hizo resolucion de socorrer desde luégo á Pamplona y San Sebastian, asediadas ya; animándole tambien á ello el malogro de las primeras tentativas de los aliados contra la última de dichas plazas, cuyo cerco empezarémos á narrar.

Asiéntase San Sebastian, ciudad de 13.000 habitantes, con puerto de reducida concha y no muy hondable, en una especie de península al pié de un monte entre dos brazos de mar, desaguando en el que está más al cierzo, el Urumea, rio de caudal no abundoso. Comunica con tierra la plaza sólo por un istmo, representándose á primera vista, yendo de lo interior, como muy robusta, no teniendo otro camino para llegar á ella sino el del referido istmo, amparado del hornabeque de San Cárlos y del recinto principal, dominados y defendidos ambos por el castillo de Santa Cruz de la Mota, puesto en lo alto del monte en que se respalda la ciudad. Mas su flaqueza descúbrese en breve; pues si la resguardan por tierra convenientes obras, provistas de doble recinto, contraescarpa y camino cubierto, no así del lado de la Zurriola y el Urumea; fiado quizá quien trazó allí el muro, en las aguas que por el pié le bañan, sin echar de ver los puntos que quedan vadeables y aún en seco á bajamar, con el padrastro, ademas, de ciertas dunas omérganos que corren lo largo de la márgen del rio y sojuzgan la línea. Defecto de que ya se aprovechó en 1719 el mariscal de Berwick para rendir la plaza, y en que no se habia puesto remedio, á pesar de ir trascurrido desde entónces casi un siglo.

Habian aumentado los franceses la guarnicion de San Sebastian hasta el número de unos 4.000 hombres bajo del general Rey, militar de concepto; y si bien los españoles bloquearon en un principio la plaza, sólo formalizaron el sitio los anglo-portugueses, segun se apuntó en otro libro, á las órdenes siempre de sir Tomas Graham, quien resolvió encaminar el ataque contra el lado descubierto y débil de la Zurriola.

Plantaron, al efecto, los aliados fuertes baterías en las alturas á la derecha del Urumea, anhelando abrir brecha entre el cubo de los Hornos y el de Amezqueta, situados en el lienzo de muralla frontero. Dirigieron los demas fuegos contra el castillo y hornabeque de San Cárlos, adelantando por la lengua ó istmo otros trabajos.

En él, y á su entrada, levantábase á setecientas ú ochocientas varas de la plaza el convento de San Bartolomé, del cual quisieron apoderarse los aliados, juzgándolo paso conveniente y prévio al acometimiento de las otras obras y del recinto principal.

Comenzó el ataque en la noche del 13 al 14, tirando los ingleses hasta con bala roja. Destruyóse el convento, mas los sitiadores todavía no le entraron, permaneciendo en las ruinas los contrarios, y sosteniéndose vigorosamente; de lo que enojados los ingleses cargaron á la bayoneta, acabando por apoderarse, el dia 17, de aquellos escombros, despues de quedar tendidos 250 de los defensores. Avanzaron de resultas los aliados, pero no mucho, detenidos hasta el 20 por un reducto circular que en el istmo habia.

En vano Graham intimó al dia siguiente la rendicion á la plaza, pues ni siquiera admitió al parlamento el gobernador Rey; motivo por el cual decidieron los ingleses dar el asalto, juzgando ya practicable la brecha apertillada entre los dos cubos. Efectuóse la embestida al amanecer del 25, formando la columna de ataque la brigada del mayor general Hay, que tenía en reserva otras, bajo el mando todas del mayor general Oswald. Pero malogróse la tentativa á pesar del brío y esfuerzos de los aliados, ya por estar todavía intactos los demas fuegos de la plaza, que abrasaron á los acometedores, ya por la distancia considerable que mediaba entre las trincheras y la brecha, y ser aquel tránsito de piso muy pedregoso, lleno de plantas marinas y aguazales.

Acercóse poco despues Wellington á San Sebastian viniendo de Lesaca, en donde ahora tenía sus cuarteles, y trataba ya de repetir el asalto, cuando sabedor de ciertos movimientos de Soult, suspendiólo, y áun dispuso convertir en bloqueo el sitio, embarcando la artillería en Pasajes, sin desamparar por eso las trincheras y algunos trabajos.

No eran en realidad engañosos los avisos que recibió Wellington, porque entónces dió Soult la señal de abrir su proyectada campaña. Socorrerá Pamplona y San Sebastian debian ser los estrenos de ella, empezando por acudir á la primera, pudiendo la otra alcanzar más fácilmente auxilios con la cercanía y proporcion del mar.

Ponian á lord Wellington en apurado estrecho los intentos del maris-

cal Soult, incierto todavía de cuáles fuesen. Porque teniendo que atender á dos puntos bloqueados, distante uno de otro diez y seis leguas, y que cubrir muchos pasos en país montañoso, á veces inaccesible ó falta de comunicaciones laterales, arduo se hacia salir airoso de tamaña empresa, importando por una parte no dejar indefenso ningun paraje, y siendo arriesgado por otra debilitarse, subdividiendo su fuerza en sazón que el enemigo era dueño de escoger el punto de ataque y de acometerle con golpe de gente muy superior y más respetable.

De antemano se habla preparado Soult para meterse de nuevo en España, recogiendo en San Juan de Pié de Puerto gran copia de víveres y muchos pertrechos. Acampaban ambos ejércitos en las respectivas fronteras sobre cumbres distantes entre sí medio tiro de cañon, aproximándose las centinelas ó puestos avanzados hasta unas ciento y cincuenta varas. Los franceses, alegres y joviales segun su natural condicion, y más gozosos por estar en su tierra; los ingleses, al contrario, taciturnos y con pensativo y serio ademan, si bien satisfechos, complacido su nacional orgullo con poder amenazar de cerca á la Francia, su antigua y poderosa rival.

Tenian los aliados las siguientes estancias: la brigada del general Bying y la division de don Pablo Morillo ocupaban la derecha, cubriendo el puerto de Roncesvalles. Las sostenia, apostado en Viscarret, sir Lowry Cole con la cuarta division británica, formando la reserva la tercera del cargo de sir Tomas Picton, que se alojaba en Olague. Extendíase por el valle de Baztan, á las órdenes del general Hill, parte de la segunda division inglesa y la portuguesa del Conde de Amarante, destacada sólo la brigada de Campbell en los Alduides. La division ligera y séptima acantonábanse en la altura de Santa Bárbara, villa de Vera y puerto de Echalar, y se daban la mano con los que guarnecian el Baztan. Servia de reserva á estas tropas en Santistéban la sexta division inglesa. Don Francisco Longa con la suya mantenia las comunicaciones entre esta izquierda de los aliados y las divisiones del cuarto ejército español, alojadas á orillas del Bidasoa y en los pueblos de Guipúzcoa.

Llevaba Soult la mira de acometer á un tiempo por Roncesvalles y por el puerto de Maya, término del valle de Baztan, reuniendo para ello en San Juan de Pié de Puerto, el 24 de Julio, sus alas derecha é izquierda con una division del centro y dos de caballería. Dirigia Soult en persona el movimiento del lado de Roncesvalles con unos 35.000 hombres, al paso que embestia con 13.000 por Maya, Drouet, conde d'Erlon. Se trabó la refriega el 25 en la mañana hácia las entradas de Roncesvalles,

cuya posicion mantuvo vigorosamente el general Bying, apoyado por sir Lowry Cole, hasta que en la tarde, yendo á ser envuelta la posicion, se replegaron ambos á Lizoain y cercanías de Zubiri. Defendió entónces largo rato y con brío el edificio de la fábrica de municiones de Orbaitzeta el regimiento de Leon, que capitaneaba el teniente coronel Aguiar. Tambien por su parte empezó Drouet á maniobrar en el mismo dia desde temprano por el puerto de Maya, queriendo habérselas especialmente con la division del Conde de Amarante, colocada á la derecha. En un principio limitóse todo á sólo amagos, recogiendo en seguida Drouet su fuerza en una montaña detras de un paso angosto, de donde intentando un súbito y rápido avance, vióse favorecido de la suerte, porque, soñolientos con el calor del dia dos centinelas puestas en un alto, durmiéronse y pudieron los franceses acercarse sin ser sentidos, y áun desalojar de su posicion á los aliados, mal de su grado. Recobrónla éstos despues, ayudados de la brigada del mayor general Barnes, y hubiéranla conservado, si noticioso Hill de lo ocurrido en Roncesvalles no hubiese dado órden de que se replegasen todos á Irurita. Pelearon los aliados en este dia por espacio de siete horas, perdiendo cuatro cañones y 600 hombres. Wellington, en camino de San Sebastian, ignoró hasta la noche lo que por el dia habia pasado.

Permanecieron quedos los franceses el 26 en el puerto de Maya. No sucedió así por el otro punto, adelantándose á dar nuevo ataque en la tarde del mismo dia. Se hallaban los aliados prevenidos y más fuertes, habiendo avanzado el general Picton á sostener á los de Lizoain; y juntos todos replegáronse escaramuzando á un puesto ventajoso, en donde se mantuvieron firmes y formados en batalla hasta despues de cerrada la noche. Continuaron el 27 retirándose en busca de un sitio más aconodado para cubrir el bloqueo de Pamplona, apostando á este propósito su derecha enfrente de Huarte, y su izquierda en los cerros que hacen cara al pueblo de Villaba, descansando parte (inclusos los regimientos españoles del Príncipe y Pravia) en un viso que resguarda el camino de Zubiri y Roncesvalles, y parte en una ermita detras de Sorauren, via de Ostiz. Colocáronse cerca, de respeto, la division de don Pablo Morillo y el Conde del Abisbal con todo su ejército de Andalucía, excepto 2.000 hombres, que continuaron en el bloqueo de Pamplona, quedando la caballería británica del mando de sir Stapleton Cotton á la derecha sobre Huarte, único descampado en que le era dable evolucionar.

Supieron en el ínterin los franceses de la plaza que se aproximaba Soult, y contentos y fuera de sí prorumpieron en grandes demostraciones

de júbilo, é hicieron alguna salida. Unido Abisbal al ejército aliado de operaciones, dirigía el bloqueo D. Carlos de España, estando á sus órdenes D. José Aimerich con los 2.000 hombres del ejército de Andalucía que quedaron allí. Los franceses acometieron al último jefe, le desordenaron, y áun le cogieron cañones; y más daños se seguirían, si sereno y reportado España en aquella ocasion, no hubiese por su parte rechazado á los sitiados y arrinconádoslos contra los muros.

El 27 llegó lord Wellington á las estancias en que Picton y Cole se habían situado aquel dia, casi á tiempo que Soult, teniendo á sus inmediatas órdenes á los generales Reille y Clausel, empezaba á formar su gente en una montaña que se dilata desde Ostiz hasta Zubiri. Aquí y en otros puntos vecinos colocó dicho mariscal un cuerpo numeroso de caballería; destacando por la tarde una columna para apoderarse de una eminencia empinada, á la derecha de la division del general Cole. Ocupábala un regimiento portugues y el español de Pravia, que tenía por coronel al bizarro D. Francisco Moreda, defendiendo ambos el puesto gallardamente y á la bayoneta. Reforzólos Wellington por ser importante la conservacion de aquel sitio, enviando el 40 inglés y el del Príncipe, tambien español, que mandaba su benemérito teniente coronel D. Javier Llamas; con lo que allí se le frustró á Soult su intento, si bien se apoderó de Sorauren, en el camino de Ostiz, sustentando un fuego vivo de fusilería todo lo largo de la línea hasta boca de noche.

Amaneció el 28, dia que fuera de mayor empeño. Temprano, en la mañana, incorporóse á los de Wellington la division del general Pack, que destinaron á ocupar las alturas del valle de Lauz á retaguardia de Cole. Apénas la divisó el mariscal Soult, atacóla con superiores fuerzas viniendo de Sorauren; pero vióse repelido y privado de mucha gente. Insistió, no obstante, el frances en enseñorearse de una ermita cercana, y si bien en un principio venció, sucedióle al fin como ántes, teniendo que echarse atras. Encendióse entónces la batalla por todas las cimas, logrando los franceses sólo ventajas del lado en que se alojaba la brigada de la cuarta division británica, que mandaba el general Ross, á punto de colocarse en la misma línea de los aliados. En breve acudió Wellington al remedio, y recuperó lo perdido. Rechazado el mariscal Soult en todos los lugares, empezó á perder la esperanza de auxiliar á Pamplona, y para aligerar su hueste, en caso de retirada, envió cañones, heridos y mucho bagaje camino de San Juan de Pié de Puerto.

Ni uno ni otro ejército se movió el 29, en acecho cada cual de las maniobras de su contrario. Tuvo orden el general Hill de aproximarse adon-

de estaba Wellington, marchando sobre Lizaso; lo mismo Dalhousie, con la diferencia éste de tener que extenderse hasta Marcalain para afianzar las comunicaciones del ejército, que se puso así todo él en inmediato contacto. igual caso sucedió al de los franceses, arrimándose al cuerpo principal el general Drouet en seguimiento y observacion de sir R. Hill.

Alerta Soult, no quiso desaprovechar la ocasion, y ya que se le había malogrado lo de Pamplona, discurrió auxiliar á San Sebastian, y sacó al propósito tropas de su izquierda para enrobustecer su derecha, tratando de abrirse paso por el camino de Tolosa, abrazando y ciñendo la izquierda de los aliados. Advirtió lord Wellington esta maniobra al alborar del 30, y descubriendo la intencion que el enemigo llevaba, determinó atacar á los franceses en sus puestos, mirados como muy fuertes. En consecuencia, ordenó á lord Dalhousie envolver la derecha enemiga, encarándose á la cresta de la montaña que tenía delante, y otro tanto mandó respecto de la izquierda á sir Tomas Picton, debiendo dirigirse canino de Roncesvalles. Efectuados estos movimientos por los flancos, arremetió Wellington por el frente, y con tal acierto y vigor, que los franceses retiráronse y abandonaron unas estancias que ellos mismos conceptuaban de difícilísimo acceso.

Mientras tanto, no quedaron tampoco parados el general Drouet y sir R. Hill. Fué aquél quien primero atacó, consiguiendo por medio de un rodeo envolver la izquierda del último, y obligarle á retroceder hasta colocarse en unos cerros cerca de Eguarás, en los que firme el inglés, repelió cuantas arremetidas intentó su contrario para desalojarle. Y desembarazado ya entónces Wellington del mariscal Soult, sirvió de mucho á Hill, hallándose á puesta de sol en Olague á retaguardia de Drouet, quien sabedor de ello, escabullóse diestramente durante la noche por el paso de Donamaría, dejando dos divisiones que cubriesen la retirada. Reforzado Hill, fué tras ellos y logró aventarlos.

Al propio tiempo se movió lord Wellington via de Velate sobre Irurita, inclinándose á Donamaría, con la dicha, el general Bying, de coger en Elizondo un convoy de municiones de boca y guerra. Continuóse el perseguimiento el día 1.º de Agosto por los valles del Bidasoa y del Baztan, posesionándose los anglo-portugueses del punto de Maya, y de modo que al cerrar de la tarde hallábanse restablecidas las divisiones aliadas casi en el mismo campo en donde habian empezado las operaciones ocho dias ántes.

Tambien el enemigo tornó á pisar la tierra de Francia, dejando sólo dos divisiones en el puerto de Echalar, á las que desalojó Wellington por

medio de una combinada maniobra de las divisiones cuarta, séptima y ligera, que sucedió bien y completamente.

Aunque lejana la fuerza principal del cuarto ejército español del teatro de estos combates, no por eso permaneció ociosa. Supo su general D. Pedro Agustín Giron, al amanecer del 1.º, lo acaecido en Pamplona, y previendo que alguna columna enemiga se replegaría por Santistéban, permitió inquietarla á D. Francisco Longa, que se lo propuso, mandando, además, á D. Pedro de la Bárcena ocupar con la primera brigada de su division los puntos de Vera y Lesaca. Sobre aviso Longa y noticioso de que los enemigos iban de retirada, adelantó tres compañías al puente de Yanci, que si bien cieron en un principio, volvieron en si, acudiendo Bárcena, y disputaron juntos el paso á los franceses durante cinco horas el día 1.º de Agosto. Obligados los enemigos á rehacerse, tomaron nuevas precauciones para vencer tan inesperada resistencia; pero gastando en ello mucho tiempo, dieron lugar á que despacio y ordenadamente se replegasen los nuestros, refugiándose en las alturas. Reencuentro fué éste glorioso y que mereció alabanzas de lord Wellington. Ascendió la pérdida del ejército aliado en tan diversos combates y peleas á 6.000 hombres entre muertos, heridos y extraviados. Pasó de 8.000 la de los franceses.

Capacidad y consumada pericia desplegaron lord Wellington y el mariscal Soult en aquellas jornadas, que malamente llamaron algunos batalla de los Pirineos. Fueron por ambos lados muy acertadas y bien entendidas las marchas y movimientos, ya perpendiculares, ya en direccion paralela, que cada cual imaginó ó se vió obligado á practicar, graduándose ésta de parte muy importante y difícil en el arte de la guerra, si bien adecuada para que el hombre de profundo ingenio desdoble sus facultades empleadas á la vez en percibir muchos objetos y en abrazar número grande de combinaciones; sobretodo, siendo, como aquí, el campo de la lid un país quebrado y montuoso, lleno de desfiladeros, tropiezos, tornos y revueltas, en donde no es muy hacedero al general en jefe obrar desembarazadamente y con voluntad exclusiva y pronta.

Pensaron ahora los aliados en apretar más y más el sitio de San Sebastian. Suspendido éste en Julio, emprendióse de nuevo el 24 de Agosto, haciendo propósito los ingleses de franquear más las brechas anteriores y abrir otra en el semi-baluarte de Santiago, á la izquierda del frente principal. Para ello aumentaron baterías en el istmo y tambien al otro lado del Urumea. Igualmente desembarcaron fuerzas en la isla de Santa Clara, roca erguida á la boca del puerto, y la tomaron, como asimismo á unos 30 soldados que la guardaban.

Apareciendo ya entónces buenas y practicables las brechas, dispúsose todo para dar el asalto el 31 de Agosto. Las once de la mañana eran, y hora de la baja marea, cuando salieron de las trincheras las columnas de ataque. Fué éste impetuoso, recibíéndole los enemigos serena y briosamente. Larga y reñida contienda se trabó, con visos ya de malograrse para los aliados, si á dicha no se hubiese prendido fuego á un acopio de materias combustibles almacenadas cerca de la brecha, causando tal estampido y retumbo, que se sobrecogieron los enemigos y espantaron, aprovechándose de ello los anglo-portugueses para apoderarse de la cortina y meterse dentro de la ciudad. Retiráronse apriesa los franceses y se refugiaron en el castillo, cogiendo los aliados unos 700 prisioneros. Tuviron los sitiadores más de 500 muertos y sobre 1.500 heridos: contóse entre los primeros al ilustre ingeniero sir Ricardo Fletcher, principal trazador de las líneas de Torres-Vedras. Con la lluvia y el humo denso oscurecióse la tarde del 31; por el contrario la noche, que brilló clara y resplandeciente, si bien con llamas lúgubres, encendidas quizá, ó al ménos atizadas, por el vencedor desalumbrado y perdido.

Melancolízase y se estremece el ánimo sólo al recordar escena tan lamentable y trágica, á que no dieron ocasion los desapercibidos y pacíficos habitantes, que alegres y alborozados salieron al encuentro de los que miraban como libertadores, recibiendo en recompensa amenazas, insultos y malos tratos. Anunciaban tales principios lo que tenían aquellos que esperar de los nuevos huéspedes. No tardaron en experimentarlo, comportándose en breve los aliados con San Sebastian como si fuese ciudad enemiga, que desapiadado y ofendido conquistador condena á la destruccion y al pillaje. Robos, violencia, muertes, horrores sin cuento sucediéronse con presteza y atropelladamente. Ni la ancianidad decrepita, ni la tierna infancia pudieron preservarse de la licencia y desenfreno de la soldadesca, que, furiosa, forzaba á las hijas en el regazo de las madres, á las madres en los brazos de los maridos, y á las mujeres todas por doquiera. ¡Qué deshonra y atrocidad!! Tras ella sobrevino al anochecer el voraz incendio; si casual, si puesto de intento, ignorámoslo todavía. La ciudad entera ardió; sólo 60 casas se habian destruido durante el sitio: ahora consumiéronse todas, excepto 40, de 600 que ántes San Sebastian contaba. Caudales, mercaderías, papeles, casi todo pereció, y tambien los archivos del Consulado y Ayuntamiento, precioso depósito de exquisitas memorias y antigüedades. Más de 1.500 familias quedaron desvalidas, y muchas, saliendo como sombras de enmedio de los escombros, dejábanse ver con semblantes pálidos y macilentos, des-

arropado el cuerpo y martillado el corazón con tan repetidos y dolorosos golpes. Ruina y destrozo que no se creyera obra de soldados de una nación aliada, europea y culta, sino estrago y asolamiento de enemigas y salvajes bandas venidas del África. Las autoridades españolas pusieron sus clamores en el cielo, y el Ayuntamiento y muchos vecinos, reunidos en la comunidad de Zubieta, elevaron á lord Wellington enérgicas y sentidas, aunque inútiles, representaciones, lo mismo que al Gobierno supremo de la nación; siendo dignas de inmortal memoria las actas de tres sesiones que se celebraron en aquel sitio, dirigidas á enjugar las lágrimas de tantos infelices, y á poner algun remedio en tales desdichas y á tan acerbos males. Pues no desmayados ni abatidos los que allí acudieron, no sólo emplearon sus tareas en tan laudable y santo objeto, sino que quisieron tambien hacer que de entre sus cenizas renaciese la ciudad, á ejemplo de lo que practicaron sus mayores con el antiguo y arruinado pueblo de Oeaso en los siglos XII y XV, reinando D. Sancho el Sabio de Navarra y los Reyes Católicos. Reedificóse ahora San Sebastian en pocos años á expensas de los moradores y á impulso de sus infatigables esfuerzos, siguiéndose en su construccion una nueva y hermosea traza, con la que volvió á levantarse aquella ciudad más galana, elegante y bella.

Pensaron los franceses en socorrer á San Sebastian desde el momento en que por Agosto se renovó el asedio, intentando verificarlo por donde estaba el cuarto ejército, que tenía ya otro general en jefe en lugar de D. Francisco Javier Castaños (que aunque ausente, continuaba ántes siéndolo), y destinado tambien á Cataluña el que hacia sus veces, D. Pedro Agustin Giron. Sucedió á ambos D. Manuel Freire, que tomó posesion el 9 de Agosto en Oyarzun, quedándose asimismo Giron por acá al frente del ejército de reserva de Andalucía, de resultas de haber partido para Córdoba con licencia temporal el Conde del Abisbal, aquejado de antiguas dolencias.

Á la sazón situábase el cuarto ejército en los parajes donde ántes, si bien más avanzado hacía la frontera, hallándose la tercera division en los campos de Sorueta y Enacoleta, parte de la quinta en San Marcial, y la séptima en Irun y Fuenterrabía. Eran éstos los puntos de la primera estancia. A retaguardia formaban segunda línea ó reserva, detras de la tercera division, ó sea derecha, la de D. Francisco Longa y dos brigadas de la cuarta division británica, que ocupó unas alturas al diestro lado del monte de Aya, muy elevado, y como nudo que enlaza las cordilleras de Guipúzcoa y Navarra. Púsose en Lesaca una brigada portuguesa, y por la

izquierda, y á espaldas de Irun, permaneció la primera division británica del cargo del mayor general Howard y la brigada del lord Aylmer.

Despuntaban ya los arreboles de la mañana, cuando se presentaron los enemigos el 31 de Agosto con grandes fuerzas en los vados de Socoa y Saraburo para pasar con rapidez el Bidasoa por el último, como lo verificaron, arrollando los puestos avanzados de los españoles, y posesionándose de la altura de Irachával, punto arbolado, y por lo tanto, propio para ocultar las columnas de ataque y moverlas encubiertamente. Intentáronlo así, amagando por su derecha á San Marcial, via del monte de los Lobos, y procurando por su izquierda apoderarse de la posicion importante de Soroya, penetrando para ello en la cañada de Ercuti. Aquí malogróseles su propósito, rechazándolos completamente el regimiento de voluntarios de Astúrias, el primero de tiradores cántabros y algun otro que los ayudó. Más felices en un principio hácia San Marcial, tambien cedieron al fin, acudiendo el regimiento de Laredo y nuevos refuerzos; por lo que tornaron escarmentados al punto de donde habian partido.

Nuevos ataques, pero igualmente infructuosos, repitió el frances para apoderarse de Soroya, con la desgracia, no obstante, para nosotros de que en una arremetida que dió el regimiento de Astúrias, cayó muerto su coronel D. Fernando Miranda, esforzado mozo que lloraron muchos, do-liéndose todos de que desapareciese en flor tan preciosa vida.

Temprano aún en la mañana, echaron los enemigos, al amparo de la artillería que tenían plantada á la derecha del Bidasoa, en la altura que lleva el nombre de Luis XIV, un puente volante junto al paraje llamado de las Nasas, por el que, habiendo atravesado aceleradamente sus columnas, trataron éstas de penetrar hasta el puesto de San Marcial, acometiendo el centro nuestro y parte de la derecha; pero repeliólas con valor sumo, hasta desgargar á sus soldados la falda abajo, la, primera brigada de la quinta division, á cuya cabeza iba su comandante general el intrépido cuanto desdichado D. Juan Diaz Porlier; habiendo tambien sostenido la maniobra el segundo batallon de marina, que acudió al socorro desde la eminencia de Portó.

Atacar este punto y toda la izquierda de los españoles fué la última tentativa que hicieron los enemigos en aquella jornada. Guarneciánle principalmente la segunda brigada de la tercera division, que regía D. José María Ezpeleta, quien recibió de firme y con serenidad á un sinnúmero de cazadores que, apoyados en dos columnas de infantería, le arremetieron vivamente. Apoderáronse, sin embargo, algunos de los contrarios, en el primer ímpetu, de las barracas de un campamento establecido

en una de aquellas cimas; mas concurriendo á tiempo la cuarta division, y cooperando no ménos la primera de Porlier con el segundo batallon de marina, á las órdenes ahora todos de D. Gabriel de Mendizábal, arrollaron á los franceses, y los acosaron en tanto grado, que expelidos en todos los puntos y tambien del de Portó, que cerraba por allí la línea, comenzaron á repasar el rio, hostigados siempre por nuestras tropas. Distinguíéronse en este trance, ademas de los ya expresados, los regimientos de Guadalajara, segundo de Astúrias y la Corona, y en la última carga tres batallones de voluntarios de Guipúzcoa que guiaba D. Juan Ugarteandia. Tambien brilló la segunda compañía de artilleros, manejada por D. Juan Loriga.

Al propio tiempo que el enemigo se replegaba por el puente de las Nasas, abandonó igualmente en nuestra derecha el monte de Irachával y cruzó el Bidasoa por el vado de Saraburo, no sin molestia, hinchándose ya el rio con la lluvia, que empezó á la tarde, y arreció despues extraordinariamente.

No dejaron tampoco los franceses de amenazar hácia los vados superiores, y aún de atacar por el extremo de la derecha española enfrente de donde se alojaba la novena brigada portuguesa, en ayuda de la cual envió Wellington al general Inglis, quien, reforzado ademas y mejorado que hubo de estancia colocándose en las alturas vecinas á San Antonio, impuso respeto á los enemigos, obligándolos á desistir de su porfía.

Vencidos, pues, los franceses en todos los puntos y rechazados hasta dentro de su territorio, tuvo remate esta accion del 31 de Agosto, muy gloriosa para los españoles, y que dirigió con acierto don Manuel Freire. La llamaron de San Marcial, del nombre de la sierra así dicha; sierra aciaga en verdad para el extranjero, como lo atestigua la ermita que se divisa en su cumbre, fundada en conmemoracion del gran descalabro que padecieron allí los franceses el día de aquel santo y año de 1522, en un combate que les ganó D. Beltran de la Cueva, primogénito de los duques de Alburquerque.

Perdieron los españoles en esta jornada, entre muertos y heridos, 1.658 hombres, más los franceses, muy pocos los anglo-lusitanos, no habiendo apenas tomado parte en la accion. Lord Wellington se presentó sólo á lo último, excitando su vista gran entusiasmo y aclamaciones en los españoles, de cuyas tropas dijo aquel general «se habían portado en San Marcial cual las mejores del mundo.»

Firme, no obstante, se mantuvo aún el castillo de San Sebastian, desechando el general Rey proposiciones que le hicieron los aliados el 3 de

S tiembre; por lo cual resolvieron éstos avivar sus ataques y cargar de recio. Para ello empezaron el 5 por tomar el convento de Santa Teresa, contigua su huerta al cerro del castillo, y desde donde, por las cercas, molestaban los enemigos á los sitiadores.

Terminadas despues las baterías de brecha, y en especial una de diez y siete piezas que ocupaba el terraplen del hornabeque de San Carlos, descubriéronse el 8 los fuegos, asestándolos el inglés contra el castillo y las obras destacadas del mirador y batería de la Reina, y contra otras defensas situadas por bajo. Cincuenta y nueve cañones, morteros y obuses vomitaron á la vez destruccion y estrago, de manera que no pudiendo el enemigo aguantar su terrible efecto, tremoló á las doce del mismo día 8 bandera blanca, capitulando en seguida. De toda la guarnicion restaban vivos sólo ochenta oficiales y 1.756 soldados; los demas, hasta 4.000, habian perecido en la defensa de la plaza y del castillo. Costó á los ingleses el sitio 2.490 hombres entre muertos, heridos y extraviados.

Vese cuán próspera se mostraba la fortuna á los vuestros por esta parte; no tanto por Cataluña. Dejamos á lord Bentinck, al finalizar Julio, sitiando á Tarragona con la division de Whittingham y la primera del tercer ejército, apostadas las otras en las inmediaciones. La plaza quedó del todo embestida el 1.º de Agosto. Tambien se avecindó allí el general Copons con su ejército, y molestó á los franceses en sus comunicaciones, y les destruyó ó atajó sus subsistencias.

Provecho de este género resultó de la súbita acometida que al abrir el alba del 7 de Agosto dió D. José Manso á un batallon de italianos que custodiaban en San Sadurn los molinos, que en grande abundancia suministraban harina á los contrarios. Habia aquel coronel querido ántes sorprender un convoy que Suchet enviaba la vuelta de Villafranca; pero encontrando dificultades en su realizacion, limitóse á la otra empresa, tan feliz en su remate, que sólo se salvaron trescientos de los setecientos italianos apostados en San Sadurni. Los demas fueron ó muertos ó prisioneros, inutilizando Manso los molinos, y apoderándose de gran porcion del acopio de harinas que en aquel sitio habia; repartidas las otras entre los paisanos.

Urgia á Suchet socorrer á Tarragona, anhelando sobre todo no cayese en poder de sus contrarios el gobernador Bertoletti y 2.000 hombres que guarnecian la plaza. Íbase, sin embargo, despacio, y aguardó á que se le juntasen con golpe de gente los generales Decaen, Maurice Mathieu y Maximiano Lamarque, cuyas fuerzas juntas ascendian á 30.000 hombres, inferiores tal vez en número á las de los aliados, pero superiores en

calidad, siendo compactas y más aguerridas. Por eso lord Bentinck procedía también detenidamente, receloso de algún contratiempo. Los enemigos, viéndose reunidos, determinaron avanzar, yendo Decaen la vuelta de Valls y del Francolí, y el mariscal Suchet por el camino de Vendrell y Altafulla. Colocóse lord Bentinck en orden de batalla delante de Tarragona, mas no con ánimo de combatir, retirándose en la noche del 15.

Le siguieron los franceses durante los días 16 y 17 hasta los desfiladeros del Hospitalet, que no franquearon, pensando sólo Suchet en demoler y evacuar á Tarragona. Llevólo á efecto haciendo volar en la noche del 18 el recinto antiguo y las demás fortificaciones que quedaban aún en pié, pereciendo y desmantelándose aquella plaza, célebre ya desde el tiempo de los romanos. Bertoletti salió con sus 2.000 hombres y se incorporó á su ejército, que se reconcentró en la línea del Llobregat.

La división española del segundo ejército, la cual regia D. Pedro Sarfield, metióse al día siguiente en medio de aquellas ruinas, y empezó á querer descombrar el recinto, posesionándose desde luégo de cañones y otros aprestos militares, que se conservaron, no obstante el casi universal destrozo de las fortificaciones. Quedó en Reus y Valls la división de Whittingham, si bien parte acompañó al Ebro al tercer ejército, y volvió á avanzar lord Bentinck, situándose en Villafranca, ayudado por su izquierda del general Copons, apostado en Martorell y San Sadurní.

Recogióse á la derecha del Ebro el tercer ejército, yendo desde las inmediaciones de Tarragona por Tivisa y Mora la primera y segunda división bajo del Príncipe de Anglona, la tercera con artillería, bagajes y algunos jinetes por Amposta, á las inmediatas órdenes del general en jefe Duque del Parque. Tenía éste para verificar el paso sólo una balsa y cuatro botes, por lo que no pudo trasportarse con la deseada rapidez á la margen derecha, no obstante lo mucho que al intento se trabajó en los días 17 y 18, dando vagar á que el 19, saliendo el general Robert de Tortosa, hiciese una fuerte arremetida, que hubo de costar cara. Reprimióse, sin embargo, al francés, y consiguió el Duque pasar con sus tropas el río, sin particular quebranto.

Se acantonaron las divisiones que componían este ejército á la distancia de algunas leguas del Ebro, revolviendo después el Príncipe de Anglona con la primera sobre Tortosa. La razón que hubo para el retroceso del tercer ejército provino de una determinación de lord Wellington, enderezada á que dichas fuerzas se trasladasen á Navarra y se juntasen con las que allí lidiaban. Empezaron, por tanto, su marcha, llegando á Tudela al promediar Setiembre, de donde parte de ellas se diri-

gió á reforzar el bloqueo de Pamplona, teniendo á su frente al Príncipe de Anglona, quien á poco tomó el mando de todo aquel ejército, cansado el Duque del Parque y afligido de achaques.

Llenaron el hueco que dejaba este ejército en Cataluña otras divisiones del segundo, ademas de la de Sarsfield, no ocupadas en el bloqueo de las plazas y fuertes del reino de Valencia, yendo á estrechar el de Tortosa la quinta, que capitaneaba don Juan Martin el Empecinado.

Entre tanto habíase afirmado Suchet en su línea del Llobregat, fortificando la cabeza del puente de Molins de Rey, y construyendo varios reductos á la izquierda de aquel rio. Formaba la vanguardia el general Mesclop y observaba ambas orillas, encomendándose al lado de Martorell á un batallon protegido por un escuadron de húsares. Tuvo esta fuerza algun descuido, de que se aprovechó D. José Manso, muy diligente en su caso, aunque hombre de espera, dando de sobresalto en ellos el 10 de Setiembre en Pallejá, y desbaratándolos. Rechazó igualmente á otros que vinieron en ayuda de los primeros, mejorada su posicion y muy afianzada.

Ni Bentinck desamparó tampoco á Villafranca y pueblos de enfrente, apostando en el ventajoso y difícil paso de Ordal, distante tres leguas, al coronel Adams con un trozo respetable de gente, compuesto de un regimiento británico y de otro calabrés y de una brigada de la division española de Sarsfield, que mandaba D. José de Torres. Colocóse á éste en la izquierda con dos compañías inglesas, y en lo alto de la eminencia, llamada la Cruz de Ordal, á los calabreses, metidos en un reducto antiguo, y dueños de cuatro cañones pequeños, alojándose en la derecha lo que restaba de fuerzas inglesas.

Discurrió Suchet atacar este punto y aventar de allí á los aliados, para lo que se concertó con Decaen. No era fácil la empresa, siendo Ordal escarpado sitio, con avenida que culebrea por largo espacio y ciñen vecinos cerros. Así fué que tomó el mariscal frances las correspondientes precauciones, pareciéndole la más oportuna acometer de repente y de noche á los aliados con propósito de sobrecogerlos.

Se trabó la pelea en la noche del 12 al 13, habiendo lanzado el general Mesclop, que se hallaba á la cabeza de la columna del general Harispe, muchos tiradores apoyados de otra fuerza contra la izquierda aliada, en donde se apostaban los españoles, que tenian tambien parte de su gente en el camino real. Vanos fueron por dos veces los ímpetus del enemigo, estrellados en el valor y serenidad de nuestros soldados. Generalizóse en breve el fuego por toda la linea, con la desgracia de quedar he-

rido á poco gravemente el coronel Federico Adams, por lo que recayó el mando en D. José de Torres.

Renovando los enemigos esforzadamente su ataque, desalojaron á los nuestros de un puesto importante, que se recobró luégo; debiéndose en particular el triunfo á los granaderos y cazadores de Aragon, á dos compañías inglesas, y á los tiros de metralla de la artillería británica en la Cruz de Ordal. Pero frustradas al frances sus tentativas por este lado, ideó otra sobre la derecha, que amparaban los ingleses, destacando en contra suya la division de Habert, la cual logró su objeto, distinguiéndose el comandante Bugeaud con el batallon 116, que arrolló brioso á los que se le oponian. Entónces tuvieron tambien que ciar los de la izquierda y centro, y tomaron hácia San Sadurní en busca de las fuerzas del general Copons, que andaban por allí y por Martorell. Los españoles se unieron á los suyos, mas no los calabreses, que, encontrándose con tropas de Decaen, que avanzaban por la derecha de Suchet, retrocedieron, logrando, sin embargo, cruzar el camino real de Barcelona y embarcarse en Sitges, con la buena ventura de no encontrar al paso con Suchet ni con gente de su ejército. Perdieron sí los cañones, mas no los extrañados, que consiguieron incorporarse con D. José Manso. Los restos de la derecha aliada del cuerpo lidiador en Ordal se unieron á Bentinck, quien avanzó al ruido de la contienda trabada. Pero no fué muy allá, tornando atras luégo que supo el infeliz desenlace. Tampoco Suchet porfió en el perseguimiento, ya porque tardó en adelantarse el general Decaen, con quien contaba, entretenido por los calabreses y D. José Manso, ya porque advirtiendo firmeza en el ademan de Bentinck, y por haber sido escarmentados sus jinetes en una refriega con los británicos, no creyó prudente empeñar nueva accion. No hubo despues ninguna otra de importancia, replegándose al Llobregat el mariscal Suchet, y los aliados á Tarragona, cuyo jefe Bentinck dejó en breve el mando, trasladándose otra vez á Sicilia. Sucedióle sir Guillermo Clinton, esclarecido general y de fama bien adquirida.

Á pesar de vaivenes y desengaños de la suerte vária y aún adversa en Cataluña, no se siguió á España grave perjuicio, así por los trofeos cogidos en otros lugares, como tambien por los señalados acontecimientos que á la propia sazón ocurrieron en Alemania.

Eclipsábase allí cada vez más la estrella, en otro tiempo tan resplandeciente y clara, del emperador Napoleon; porque si bien brilló de nuevo en los campos de Lutzen, Bautzen y Wurtchen, no fué sino momentáneo su esplendor, y para ocultarse y desaparecer del todo sucesiva y

lamentablemente. Habíase firmado un armisticio el 4 de Junio en Pleswitz entre las potencias beligerantes, estipulando además el Austria, en Dresde, el 30 del propio mes, una convencion con la Francia, en la que ofrecia su mediacion, y á cuyo efecto debía reunirse un congreso en Praga, prolongándose hasta el 10 de Agosto el armisticio pactado. Dificultades sin número se opusieron á la pacificacion general, nacidas ya de los aliados, que mal contentadizós con los favores de la fortuna querian sacar mayor provecho de sus anteriores lauros, ya de Napoleon, que avezado á dominar siempre, y á dictar condiciones, no se avenía á recibir las, temiendo descender mal parado de la cumbre de su poderío y grandeza. Por tanto, rompióse el armisticio, y uniéndose el Austria á la confederacion europea, declaró la guerra á la Francia el 12 de Agosto de 1813, sin que los vínculos de la sangre que enlazaban á las familias reinantes de ambos estados bastasen á detener el movimiento bélico, ni á alterar las frias resoluciones de la desapegada política. Las que tomó en este caso el augusto suegro de Napoleon acabaron de inclinar la balanza de los sucesos del lado de la liga europea. Ventura sobre todas ésta, que confortaba los ánimos de los españoles, creciendo en ellos la esperanza de ver concluida pronta y felizmente la lucha de la independencia, como afianzado tambien el establecimiento de las nuevas reformas, á lo ménos de aquellas que se conceptuasen más útiles y necesarias.

Tras de lograr objeto tan importante caminaban afanadas las Córtes generales y extraordinarias, llevando en las discusiones el anterior rumbo con mayoría casi igual, aunque no siempre tan numerosa y compacta, allegándose al partido opuesto á las mudanzas muchos diputados de los últimamente elegidos por las provincias que iban quedando libres de la dominacion extraña; en donde una porcion considerable de las clases que se creian perjudicadas por las reformas, ó recelaban del porvenir, habia influido poderosamente en las elecciones, con notable daño de la opinion liberal.

Equilibráronse principalmente los dictámenes al examinarse en las Córtes si convenia ó no trasladar á Madrid el asiento del Gobierno: cuestion que promovida en 1812, se renovó ahora con visos de mejor éxito, obrando de concierto en el asunto diputados de sentir muy diverso en otras materias, unos por agradar á sus poderdantes, que eran de las provincias de lo interior, muy interesadas en tener cerca al Gobierno y las Córtes; otros por alejar á éstas del influjo, en su entender pernicioso, de los moradores de Cádiz, declarados del todo en favor de mudanzas y nuevos arreglos.

Dió en la actualidad impulso al negocio una exposicion del Ayuntamiento de Madrid, atento éste á las ventajas que reportaria aquel vecindario de la permanencia allí del Gobierno, y temeroso igualmente de que se escogiese en lo sucesivo otro pueblo para cabecera del reino. Dictámen á que se inclinaban varios diputados, y del que en todo tiempo han sido secuaces hombres muy entendidos y de estado. Porque, en efecto, notable desacuerdo fué sentar en Madrid la capital de la monarquía cuando el imperio español, abrazando ambos mundos, contaba entre sus ciudades, no sólo ya á la bella y opulenta Sevilla, sino tambien á la poderosa y bien situada Lisboa, emporios uno y otro de comercio y grandeza, más propios á infundir en el gobierno peninsular sanas y generosas ideas de economía pública y adinistracion, que un pueblo fundado en país estéril, nada industrioso, metido muy tierra adentro, y compuesto, en general, de empleados y clases meramente consumidoras.

La exposicion del Ayuntamiento de Madrid pasó á informe de la Regencia y del Consejo de Estado, y ambas corporaciones opinaron que por entónces no se moviese el Gobierno de donde estaba; dueño todavía el enemigo de las plazas de la frontera, y con posibilidad, en caso de algun descalabro, de volver á intentar atrevidas incursiones, obligando á las autoridades legítimas á nuevas y peligrosas retiradas. Juicioso parecer, que prevaleció en las Córtes, si bien despues de acalorados debates; aprobándose en la sesion del 9 de Agosto lo propuesto por la Regencia, reducido: 1.º, a que no se fijase por entónces el dia de la mudanza; y 2.º, á que cuando ésta se verificase fuése sólo á Madrid: con lo que, sin desagradar á los vecinos de la antigua capital del reino, tratóse de serenar algun tanto á los de Cádiz, muy apesadumbrados é inquietos por la traslacion proyectada.

Mas ni aún así aflojaron en su intento los diputados que la deseaban, proponiendo en seguida uno de ellos que las sesiones de las Córtes ordinarias, cuya instalacion estaba señalada para 1.º de Octubre, se abriesen en Madrid, y no en otra parte. Tan impensado incidente suscitó discusion muy viva, y tal que, al decidirse el asunto, resultó empatada la votacion. Preveia semejante caso el reglamento interior de las Córtes, ordenando, para cuando sucediese, que se repetiría el acto en el inmediato dia, lo cual se verificó, quedando desecheda la proposicion por solos cuatro votos, pasando de 200 el número de vocales. Aunque ufana la mayoría con el triunfo, recelábase de la maledicencia, que muy suelta esparcia la voz de que los diputados de las extraordinarias querian eternizarse en sus puestos. Para desvanecerla, é imponer silencio á tan falso

y mal intencionado decir, hiciéronse várias proposiciones, enderezadas todas ellas, y en particular una del Sr. Mejía, á remover estorbos para acelerar la llegada de los diputados sucesores de los actuales. Laudable conato, bien que inútil, para acallar las maliciosas pláticas y fingidos susurros de partidos apasionados, siendo la más acomodada y concluyente respuesta que pudieron dar las Córtes á sus detractores el modo con que se portaron, cerrando sus sesiones al debido é indicado tiempo.

En estos debates continuaron distinguiéndose algunos diputados de los que no habian asistido á las Córtes extraordinarias en los dos primeros años. Descolló entre todos ellos D. Isidoro Antillon, de robusto temple, aunque de salud muy quebrantada, formando especial contraste las poderosas fuerzas de su entendimiento con las descaecidas y flacas de su cuerpo achacoso y endeble. Adornaban á este diputado ciencia y erudicion bastante, no ménos que concisa y punzante elocuencia, si bien con asomos alguna vez de impetuosidad tribunicia, que no á todos gustaba. Fueron muy contados sus dias, que abreviaron inhumanamente malos tratos del feroz despotismo.

Otras medidas de verdadera utilidad comun, y en que rara vez desputó notable disenso, ocuparon tambien por entónces á las Córtes extraordinarias. La agricultura y ganadería estante recibieron particular fomento en virtud de un decreto de 6 de Junio de este año, en que se permitió cerrar y acotar libremente á los dueños las dehesas, heredades y demas tierras de cualquiera clase que fuesen, dejando á su arbitrio el beneficiarlas á labor ó pasto, como mejor les acomodase. Igual licencia y franquía se dió respecto de los arrendamientos, pudiendo concluirse éstos á voluntad de los que contrataban, y obligando á su cumplimiento á los herederos de ambas partes, por cuya disposicion desaparecian los males que en tales casos se originaban de las vinculaciones, segun las cuales la fuerza y conservacion de la escritura ó contrato no dependian de la ley, sino de la vida del propietario y del buen ó mal querer del sucesor: prendas frágiles y muy contingentes de duracion ó estabilidad. Decretaron asimismo las Córtes se fundasen escuelas prácticas de agricultura y economía civil, no de tanto provecho como imaginan algunos, debiéndose el progreso de la riqueza pública, ántes que á lecciones y discursos de celosos profesores, al conato é impulsión del interés individual y al estado de la sociedad y sus leyes.

Ni descuidaron aquéllas ventilar al mismo tiempo la espinosa cuestion de la propiedad de los escritores; derecho de particular índole, muy necesario de afianzar en los países cultos, sobre todo en los que se ad-

mite la libertad de la imprenta, con la cual concuerdan maravillosamente, sirviendo de resguardo á las producciones del ingenio. Para no privar á éste del fruto de su trabajo y desvelos, ni poner tampoco al público bajo la indefinida dependencia de herederos, quizá indolentes, fanáticos ó codiciosos, declararon las Córtes ser los escritos propiedad exclusiva del autor, y que sólo á él ó á quien hiciese sus veces, pertenecía la facultad de imprimirlos, conservándola despues de su muerte á los herederos, si bien á éstos por espacio de solos diez años. Se daba el de cuarenta á las corporaciones por las obras que compusiesen ó publicasen, contados desde la fecha de la primera edicion.

Habíanse abolido ó modificado ya ántes, segun apuntamos, várias disposiciones y prácticas en lo criminal, repugnantes á la opinion y luces del siglo. Prosiguióse despues en el mismo afan, quitando la pena de horca, y sustituyendo á ella la de garrote, con supresion total de la de azotes, infamatoria y vergonzosa. Loables tareas, que tiraban á suavizar las costumbres y á introducir mejoras dignas de un pueblo culto.

Mereció la Hacienda peculiar atencion de las Córtes extraordinarias en los últimos meses de sus sesiones. Habíase dado la incumbencia de este ramo á dos comisiones suyas, una especial encargada de todas las materias pertenecientes al crédito público, y otra, llamada extraordinaria, que debia examinar los presupuestos y extender un nuevo plan de contribuciones y administracion. Principió ésta por dar cuenta el 6 de Julio de sus trabajos en la última parte, leyendo un informe, obra del señor Porcel, vocal que, llegado tambien de los postreros como el Sr. Antillon, colocóse en breve al lado de los más ilustres por su saber, y por ser hombre de gran despacho y muy de negocios. Trataba en su dictámen la Comision, más que de todo, de uniformar en el reino y simplificar las contribuciones, muchas y enredosas, de vária y opuesta naturaleza, y muy diversas en unas provincias respecto de otras. No descendia, sin embargo, á todos los pormenores de tan intrincado asunto, contentándose con dividir, para mayor claridad, en cuatro clases las rentas existentes más principales, á saber 1.^a, las eclesiásticas, así llamadas, no porque en realidad lo fuesen, sino por traer origen de las destinadas á mantener el culto y sus ministros; 2.^a, las de aduanas, que se distinguían bajo el nombre de rentas generales; 3.^a, las provinciales, ó sean alcabalas, cientos y millones; y 4.^a, las estancadas. La 3.^a y 4.^a clase eran como desconocidas en las provincias Vascongadas y en Navarra: lo mismo en Aragon la 3.^a, supliéndose el hueco en cada uno de sus reinos respectivamente con la contribucion real, el catastro, el equivalente y la talla.

Quería la Comisión medir por la misma regla á España toda, igualando los impuestos, á cuyo fin proponía un plan en gran parte nuevo, creyéndole conducente al caso. Según su contexto, manteníase la primera clase de impuestos, y limitándose en la segunda á recomendar un cuerdo y periódico arreglo de aranceles y derechos, recaía la reforma esencialmente sobre la 3.^a y 4.^a; esto es, sobre las rentas provinciales y estancadas. Suprimíanse ambas, y se establecía en lugar de las primeras una contribución única y directa, debiéndose reemplazar las segundas con un recargo á la entrada y salida de los géneros en las costas y fronteras, y con un sobreprecio al pié de fábrica cuando éstas fuesen propiedad del Estado.

Bienes, sin duda, redundaban al reino entero del nuevo plan, mayormente en la parte en que se igualaban los gravámenes, tan pesados ántes en unas provincias respecto de otras. Pero pecaba aquél de especulativo en adoptar una contribución directa y única, mirada de reojo por los pueblos, poco aficionados á pagar á sabiendas sus cargas y obligaciones; de lo que convencidos los gobiernos expertos, prefirieron gravar al contribuyente en lo que compra más bien que en lo que produce, y confundir así el impuesto con el precio de las cosas. Fuera de eso, justo es se advierta que siguiendo los impuestos indirectos en el curso de sus valores las mutaciones y variedades de la industria, crecen aquéllos ó menguan al són de ésta, sin perjudicarlas notablemente, ni andar encontrados los ingresos del Erario con la prosperidad pública.

Acrecíanse en el plan de la Comisión los males que son inherentes á los tributos directos, por recaer el suyo, no sólo sobre la renta de la tierra, sino también sobre las utilidades de la industria y del comercio, enmarañada selva de dificultosas averiguaciones; añadiéndose para mayor daño la falta de un catastro bien individualizado y exacto, por no consentir la premura del tiempo y las circunstancias de entónces la formación de otro nuevo, tarea larga y de días sosegados. Motivo que obligó á adoptar por base del reparto el censo de la riqueza territorial é industrial de 1799, publicado en 1803, imperfectísimo y muy desigual, en que se mezcla á menudo y confunde el capital con los rendimientos, y se juzga como á tientas de los productos y valores de las diversas provincias del reino.

En la materia, no sólo los gobiernos y hombres prácticos, según arriba hemos dicho, pero aún los economistas teóricos, al modo de Smith y Say, suelen graduar de error el establecimiento de una contribución directa y exclusiva, prefiriendo á la aparente y engañosa sencillez de ésta una combinación proporcional y bien ajustada de varios impuestos:

razon por la que se opuso discretamente Necker á refundir en uno los veintinueve de que habla en sus escritos, resultando á Francia, de no haberle escuchado, gran trastorno en la hacienda; bien que con la dicha aquel reino de volver en sí años adelante, y adoptar á tiempo un concertado plan de imposiciones de diversa índole; amaestrado su gobierno á costa de su propia y fatal experiencia.

Disculpábase ahora en España la introduccion de un impuesto directo y único con estar destruidos y sin fuerza, á causa de la guerra, casi todos los antiguos, y no considerarse el nuevo sino á manera de provisional, en tanto que se meditaba otro mejor y más completo, llevando ya el último la ventaja de igualar desde luégo á todas las provincias del reino en la cuota y distribucion de sus respectivas cargas.

Suscitó en las Córtes el plan de la Comision extraordinaria largos debates, no escasos de saber y abundantes en curiosas noticias; acabándose por aprobar aquél en sus principales partes con gran mayoría de votos y general aplauso. Pero al establecerse tocáronse de cerca las dificultades, tantas y tan grandes, que nunca fué dado superarlas del todo; acreando á las Córtes la nueva contribucion directa malquerencia y mucho desvío en los pueblos.

La misma comision extraordinaria de Hacienda presentó el 7 de Setiembre el presupuesto de gastos y entradas para el año próximo de 1814, remitido ántes por el ministro del ramo; trabajo informe y desnudo de los datos y pormenores que requiere el caso. Otros presupuestos habian pasado del Gobierno á las Córtes despues del que en 1811 habia leído en su seno el Sr. Canga, pero ninguno completo ni satisfactorio siquiera. Tampoco lo fué el actual, subsistiendo los mismos obstáculos que ántes para extenderle debidamente, pues no se alcanza tan importante objeto sino á fuerza de años, de muchas y puntuales noticias, y de vagar y desahogo bastante para examinarlas todas y cotejarlas con perseverancia y juicioso discernimiento.

Ascendia el total de gastos á 950 millones de reales, consumiendo solamente el ejército 560 millones, y 80 millones la marina. Calculábase aproximadamente el total de la fuerza armada en 150.000 infantes y 12.000 caballos; y se contaba, para cubrir los gastos, con las rentas de aduanas, las eclesiásticas y las que á ellas solian andar unidas, cuyo producto se presumia fuese de 463.956.293 reales, debiendo llenarse el desfalco con la contribucion directa que se substituia ahora á las antiguas suprimidas. Alegres, pero someros, cómputos, que nunca llegaron á realizarse.

El día 8 aprobáronse ambos presupuestos apénas sin discusion; sucediendo, como en los de 1811, ser ningunos los gastos que pudieran graduarse de superfluos, por no merecer tal nombre los que resultaban todavía de antiguos abusos ó de errores en la administracion. Nacía tambien el pronto despacho de no gustar aún mucho las Córtes de materias prácticas, saboreándose con las teóricas, más fáciles de aprender y de mayor lucimiento, si bien momentáneamente. Agregábase á esto el aguijon del tiempo, que presuroso corria y anunciaba ya el remate y conclusion final de las Córtes extraordinarias.

Por esta razon celebrábanse en aquellos días sesiones de noche para dejar terminados los trabajos pendientes de más importancia, con el que en la del mismo 7 de Setiembre leyó la comision especial de Hacienda sobre la deuda pública. Habíanla reconocido solemnemente las Córtes, conforme en su lugar dijimos, y nombrado una junta que entendiase en el asunto, separando de intento esta dependencia de las demas del ramo de Hacienda, no como regla de buena administracion, sino como medio de alentar á los acreedores del Estado, que, chasqueados tantas veces, vivian en suma desconfianza de todo lo que corriese inmediatamente por el Ministerio y se pagase por tesorería mayor.

Ántes habia elevado ya á las Córtes la misma Junta un plan de liquidacion de la deuda, y otro de su clasificacion y pago. Dió márgen el primero á la publicacion de un decreto con fecha del 15 de Agosto de este año, en que se prescribian reglas á los liquidadores, distinguiendo la deuda en anterior al 8 de Marzo de 1808, y en posterior; atendiendo principalmente en la última á todo lo concerniente á suministros, préstamos y anticipaciones de los pueblos y particulares, cuyo reconocimiento, para evitar fraudes y vituperables abusos, exigía peculiar exámen.

Respecto de la clasificacion y pago de la deuda, obraron de acuerdo la junta del Crédito Público y la comision de las Córtes; y haciendo fundamento y diferencia, como para la liquidacion, de las dos épocas arriba insinuadas, distribuian toda la deuda en deuda con interes y en deuda que no le gozaba, comprendiendo en la primera, así la procedente de capitales de amortizacion civil y eclesiástica, como la de los que eran de disposicion libre; y en la segunda los réditos y sueldos no pagados, con los atrasos y alcances de tesorería mayor, no ménos que lo relativo á suministros y anticipaciones de los pueblos ó individuos.

Señalábase á la deuda con interes el 11/2 por 100 de rédito, durante la guerra con Francia y un año despues; exceptuando los vitalicios, que eran mejor tratados, y debiendo volver á entrar la clase entera de acree-

dores de esta deuda en sus respectivos y antiguos derechos en pasando aquel término. Destinábanse para el pago arbitrios correspondientes.

La deuda sin interes apareceria por su nombre como cosa de mala sonada, si no se supiese que bajo él se encerraban sólo débitos que nunca habian cobrado rédito alguno, ni contraídose por lo general con semejante condicion ni promesa. Se extinguia esta deuda por medio de la venta de bienes nacionales, practicada, no atropelladamente ni de una vez, sino á pausas y conforme á un reglamento que tenía que extender la junta del Crédito Público.

Otras distinciones y particularidades para la ejecucion se especificaban en el plan, en las que no entraríamos; debiendo, sin embargo, advertir que no se incluian en este arreglo los empréstitos y deudas de cualquiera clase, contraidos hasta entónces, ó que en adelante se contrajesen con las potencias extranjeras.

Por muy defectuoso que fuese el presente plan, acarreaba ventajas, ofreciendo á los acreedores de la nacion nuevas y más seguras prendas del pago de sus títulos; por lo que le aprobaron las Córtes en todas sus partes con leves variaciones. Su complicacion y faltas hubieran desaparecido con el tiempo, y adoptádose al cabo reglas más justas y equitativas de reintegro y amortizacion, de lo cual sabíase en España muy poco entónces.

Igualmente ordenaron las Córtes por los mismos dias el cumplimiento de otra disposicion muy útil al crédito en lo venidero, yendo dirigida á la cancelacion y quema de 6.401 vales reales que paraban en poder de la junta del Crédito Público y le pertenecian. Ejecutóse lo mandado, y en ello hicieron ver las Córtes aún más claramente cuán decididas estaban á no desautorizar sus promesas, permitiendo circulasen de nuevo documentos amortizados ya, como á veces se ha practicado en menosprecio de la buena fe y honradez españolas.

Nombraron las Córtes en 8 de Setiembre la diputacion permanente, la cual, segun la Constitucion, habia de quedar instalada en el intermedio de unas Córtes á otras; y aunque se anunciaba sería corto el actual, fuerza, sin embargo, era cumplir con aquel artículo constitucional, teniendo la permanente que presidir ya el 15 del propio mes las juntas preparatorias de las Córtes ordinarias que iban á juntarse.

Siendo el 14 el dia señalado para cerrarse las extraordinarias, asistieron éstas á un *Te Deum* cantado en la catedral, volviendo despues al salon de sus sesiones, en donde, leído que fué por uno de los secretarios el decreto de separacion acordado ántes, pronunció el Presidente, que lo

era á la sazón don José Miguel Gordo, diputado americano por la provincia de Zacateas, un discurso apologético de las Córtes y especificativo de sus providencias y resoluciones, el cual acogieron los circunstantes con demostraciones y aplausos repetidos y muy cordiales. A poco, y guardado silencio, tomó nuevamente la palabra el mismo Presidente, y dijo en voz elevada y firme: «Las Córtes generales y extraordinarias de la nacion española, instaladas en la isla de Leon el 24 de Setiembre de 1810, cierran sus sesiones hoy 14 de Setiembre de 1813»; con lo que, y despues de firmar los diputados el acta, separáronse y se consideraron disueltas aquellas Córtes.

Al salir los individuos suyos de mayor nombradía fueron acompañados hasta sus casas de muchedumbre inmensa, que victoreándolos, los llenaba de elogios y bendiciones descasadas de todo interes. Continuaron por la noche los mismos obsequios, con iluminacion ademas y músicas y serenatas, que daban señoras y caballeros de lo más florido de la poblacion de Cádiz, lo mismo que de los forasteros.

Pero ¡ah! tanta algazarra y júbilo convirtiése luégo en tristeza y llanto. La fiebre amarilla ó vómito prieto, que desde comenzar del siglo habia de tiempo en tiempo afligido á Cádiz, y que vimos retoñar con fuerza en 1810, picaba de nuevo este año, propagada ya en Gibraltar y otros puntos de aquellas costas. Nada se habia hablado del asunto en las Córtes; pero al dia siguiente de cerrarse éstas, creyendo el Gobierno que se aumentaba el peligro rápidamente, resolvió á las calladas trasladarse al Puerto de Santa María, para desde allí, si era necesario, pasar más léjos. Traslucióse la nueva en Cádiz y mostróse el pueblo cuidadoso y desasegado, oficiando de resultas y sobre el caso al Gobierno la Diputacion permanente, temerosa de lo que pudiera influir aquella providencia en la instalacion de las Córtes ordinarias, cuyas juntas preparatorias habíanse abierto aquel mismo dia.

Detúvose la Regencia al recibir las insinuaciones de la Diputacion y algunas particulares del diputado Villanueva; y á fin de no comprometerse más de lo que ya estaba, acordó precipitadamente excitar á dicha Diputacion á que convocase las Córtes para tratar del negocio en su seno. No era fácil determinar cuáles debian llamarse, pues las ordinarias todavía no se hallaban constituidas; y volver á juntar las extraordinarias, recién disueltas, parecia desusado y muy fuera de lo regular; pero urgiendo el pronto despacho, no se encontró otro medio más que el último para salir de dificultad tamaña.

Así las Córtes extraordinarias, cerradas el 14 de Setiembre, abrié-

ronse de nuevo el 16, celebrando sesiones esta noche y los dias siguientes 17, 18 y 20. Ventilóse largamente en ellas el punto de la traslacion, acusando muchos con aspereza al Gobierno de haberla determinado por sí de tropel é irreflexivamente. Procuraron defenderse los ministros, mas hiciéronlo con poca maña, embargado alguno de ellos por aquel pavor que á veces se apodera de las gentes al aparecimiento súbito de cualquiera peste ó epidemia mortífera, y de cuya enojosa impresion no suelen desembarazarse ni áun los hombres que en otras ocasiones sobresalen en serenidad y buen ánimo.

La cuestion en sí no dejaba de ser grave, sobre todo en las circunstancias. Moverse las Córtes desplacia á la ciudad de Cádiz, interesada en la permanencia del Gobierno dentro de sus muros; y moverse tambien, si la epidemia cundia y tomaba incremento, era expuesto á llevarla á todas partes, provocando el ódio y animadversion de los pueblos. Mas, por otro lado, quedarse en Cádiz y dar lugar al desarrollo y completa propagacion del mal, ponía al Gobierno en grande aprieto, cortándole las comunicaciones, é impidiendo quizá la llegada de los diputados que debian componer las Córtes ordinarias.

No ilustraba tampoco el punto cual se apetecia la facultad médica, ya por miedo de arrostrar la opinion interesada de Cádiz, ya por no conocer bastante la enfermedad que amagaba; andando tan perplejos sus individuos, que casi todos decian un dia lo contrario de lo que habian asentado en otro. Entre los diputados hubo igualmente notable disenso; y el Sr. Mejía, que se preciaba de médico, llegó en uno de sus discursos hasta apostar la cabeza á que no existia entónces allí la fiebre amarilla. Pero despues pegósele, y le costó la vida. Amenazó la de otros el vulgo, desabrido con los que se inclinaban á apoyar las providencias del Gobierno y su salida de Cádiz; corrió algun riesgo la de D. Agustin de Argüelles, tan querido y festejado dos dias ántes; que tan mudables son los amores y aficiones del pueblo.

Inciertas las Córtes, y no sabiendo cómo atinar en asunto tan espinoso, nombraron várias comisiones, una tras de otra, y oyeron en su seno diversas y encontradas propuestas. Los debates, muy acalorados y ruidosos, no remataron en nada que fuese conveniente y claro; por lo que, no dando ya vagar el tiempo, y aproximándose cada vez más el de la apertura de las Córtes ordinarias, dejóse á la resolucion de éstas la de todo el expediente, segun indicó el Sr. Antillon con atinada oportunidad.

La inquietud y desasosiego de aquellos dias, los alborotos que por instantes amagaban, y un viento calúroso y recio que sopló de Levan-

te con singular pertinacia, irritando en extremo los ánimos, provocólos á la alteracion y enfado, y contribuyó no poco á desenvolver la epidemia rápida y dolorosamente. De los diputados que asistieron á las sesiones, aunque ahora en más reducido número, no ménos de 60 cayeron enfermos, y pasados de 20 murieron en breves dias, contándose entre ellos algunos de los más distinguidos, como lo eran el Sr. Mejía, mencionado ya, y los Sres. Vega Infanzon y Lujan. Y aquellas Córtes, que dias ántes se hablan separado gozosas y celebradas, verificáronlo ahora de nuevo, pero abatidas y en gran desamparo.

En el discurso de su dominacion distinguirse pueden tres tiempos bien diversos: 1.º, el inmediato á su instalacion, en el que con esfuerzo, aunque á veces con inferioridad, luchó siempre el partido reformador; 2.º, el de más adelante, cuando triunfando éste adquirió mayoría, haciendo de continuo prevalecer su dictámen; y 3.º y último, al cerrar de las Córtes, y en ocasion en que acudiendo muchos diputados de lo interior, equilibráronse las votaciones, ganándolas, no obstante, en lo general los liberales ó reformadores, por lo halagüeño de sus doctrinas, por su mayor arrojo y por la superioridad, en fin, que les proporcionaba la práctica adquirida en las discusiones y modo de llevarlas, no desperdiciando resquicio que diese á su causa mayor cabida ó ensanche.

Españoles ha habido, y aún extranjeros, que han suscitado dudas acerca de la legitimidad de estas Córtes. Apasionada opinion, que ha cedido al tiempo y á las poderosas razones que la impugnaban. Fúndase la legitimidad de un gobierno ó de una asamblea legislativa en la naturaleza de su origen, en el modo con que se ha formado, y en la obediencia y consentimiento que le han prestado los pueblos. Abandonada España y huérfana de sus príncipes, necesario le fué mirar por sí y usar del indisputable derecho que la asistia de nombrar un gobierno que la defendiese y conservase su independencia. Diósele, pues, en las juntas de provincia y en la Central y primera Regencia sucesiva y arregladamente. Vinieron al cabo las Córtes, conforme al deseo manifestado por la nacion entera y á lo resuelto también por Fernando VII desde su cautiverio; llevando, por tanto, el llamamiento y origen de aquel cuerpo el doble y firme sello de la autoridad real y de la autoridad popular, que no siempre van á una ni corren á las parejas.

Objetarése quizá en seguida contra su legitimidad la forma que se dió á las Córtes, desusada en la antigua monarquía; pero en su lugar apuntamos los fundamentos que hubo para semejante resolucion, atropellados ó en olvido los venerandos y primitivos fueros, y teniendo ahora

que acudir á la representacion nacional diputados de las Américas, las cuales carecian ántes de voz, y otros de várias provincias de Europa que estaban en igual ó parecido caso; haciéndose indispensable igualar en derechos á los que se habia igualado en cargas y obligaciones.

Mayor el reparo de no haber concurrido desde un principio á las Córtes todos los diputados propietarios, ocupando sus puestos suplentes elegidos en Cádiz, desvaneceráse si advertimos que ya en los primeros meses se hallaron presentes muchos vocales de los que gozaban de aquella calidad, aumentándose su número considerablemente al discutirse y firmarse la Constitucion, acto de los más solemnes, y estando casi todos ya en Cádiz al cerrar de las Cortes; con la particularidad notable de haber elegido entre ellos, las más de las provincias, á los que eran suplentes, dando así á lo obrado anteriormente la aprobacion más explícita y cumplida.

¿Y para qué cansarse? Todas ellas, lo mismo las de Europa que las de América, excepto Venezuela y Buenos-Aires, ya en insurreccion, reconocieron á las Córtes generales y extraordinarias, congregadas en la isla gaditana libre y espontáneamente, sin que fuerza alguna las obligase á ello. Por el contrario, el remolino de turbulencias en que andaba metida la América, y la ocupacion extranjera que afligia á várias provincias de España, facilitaban la oposicion, en caso de desealarla. Léjos de eso, mostrábanse todas muy diligentes en reconocer á las Córtes, llegando á Cádiz pruebas repetidas de lo mismo, áun de aquellas en donde dominaba el frances. Tanto era su conato en tributar rendimiento y obsequios á la autoridad legítima, y tanto su anhelo por apiñarse en derredor suyo, como único y verdadero centro de representacion nacional. Cítese, pues, otro gobierno ó asamblea pública que ni por su origen, ni por su forma, ni ménos por el libre consentimiento y espontánea sumision que hubiese recibido de los pueblos, pueda alegar títulos más fundados de legitimidad que las Córtes generales y extraordinarias instaladas en 1810.

Corporacion insigne, que lo será siempre en los anales del mundo, por ir sus hechos unidos y mezclados con la gloriosa guerra de la independencia, por ser la más singular de cuantas representaciones nacionales se han conocido hasta ahora, estando compuesta de hombres de tan diversa oriundez y venidos de regiones tan apartadas, hablando todos la bella y majestuosa lengua española. Ayudó á su fama, junto con sus desvelos y tareas, la fortuna ó fuerza más alta; pues habiendo dichas Córtes abierto sus sesiones en el estrecho límite de la isla gaditana, muy alte-

radas las Américas, é invadido por doquiera el territorio peninsular, cerráronlas no más alborotadas aquéllas y casi del todo libra éste, sin que apénas le hollase ya planta alguna enemiga.

Adolecieron á veces sus diputados, comenzando por los más ilustres, de ideas teóricas, como ha acontecido en igual caso en los demas países; no bastando sólo para gobernar lectura y saber abstracto, sino requiriéndose tambien roce del mundo y experiencia larga de la vida; que de todo ha menester el estadista ó repúblico, llamado ántes bien á ejecutar lo que sea hacadero, que á extender en el retiro de su estudio planes inaplicables ó estériles. Pero las faltas en que incurrieron los individuos de las extraordinarias, escasos de práctica, resarciéronlas con otros aciertos y con su buen celo y noble desinterés; dando justo realce á su nombre la lealtad é imperturbable constancia que mostraron en las adversidades de la patria y en los mayores peligros.

Constituyéronse las Córtes ordinarias el 26 de Setiembre, con arreglo á lo que prevenia la nueva ley fundamental, en cuanto lo consentian las circunstancias; é instaláronse en Cádiz solemnemente el 1.º de Octubre, habiendo nombrado ántes por presidente á D. Francisco Rodríguez de Ledesma, diputado por Extremadura. Prosiguieron sus tareas en aquella plaza hasta el 13 del propio mes, día en que las Córtes, como tambien la Regencia, se trasladaron á la isla de Leon, donde volvieron á abrir el 14 sus sesiones en el convento de carmelitas descalzos, preparado al efecto. Impelió á la mudanza el ir aumentándose en Cádiz la fiebre amarilla, y no picar tan reciamente en la Isla, desde cuya ciudad, pacífica y no tan populosa, era tambien más fácil realizar el proyectado viaje á Madrid luégo que cesase la epidemia reinante.

Al principio no se compusieron las Córtes ordinarias, ni con mucho, de todos los diputados que las provincias peninsulares y de América habian nombrado; no viniendo los últimos tan pronto por la lejanía y falta de tiempo, y deteniéndose los otros, despavoridos con la fiebre amarilla, ó estimulados del deseo de obligar al Gobierno á trasladarse á Madrid, en donde pensaban tendrían mayor cabida y séquito sus ideas y opiniones, por lo coman opuestas á reformas y cambios.

Para llenar el hueco de los ausentes habian resuelto de antemano las Córtes, siguiendo lo prevenido en la Constitucion, que mientras que llegaban los diputados propietarios, hiciesen sus veces como suplentes los de las extraordinarias; con lo cual conseguíase no dejar sin representacion á ninguna provincia, poner remedio paliatorio al ménos ó momentáneo al artículo constitucional que vedaba las reelecciones, y no entre-

gar la suerte del Estado á un cuerpo del todo nuevo, no apreciador, por tanto, cabal ni justo de los motivos que hubiese habido para anteriores resoluciones.

Instaba más en la actualidad, y era de la mayor importancia, si se querian conservar las reformas, el que quedasen en las Córtes antiguos diputados, por haber recaído generalmente los nombramientos para las ordinarias en sujetos desafectos á mudanzas y novedades. Coadyuvaron á esto los que se creian ofendidos en sus personas y cercenados en sus intereses por las alteraciones y nuevos arreglos, y que oteaban mayores daños en un porvenir no lejano. Estaban en ese caso algunos individuos de la nobleza, si bien los ménos; bastantes magistrados, muchos cabildos eclesiásticos y casi todo el clero regular; los que juntos ó separados influyeron sobradamente, y cada uno á su manera, en las elecciones, ayudados de una turbamulta de curiales y dependientes de justicia que vivian de abusos; siendo éstos y los religiosos mendicantes los más bulliciosos é inquietos de todos, como herrumbre la más pegadiza y roedora de las que consumian á España hasta en sus entrañas; habiendo los últimos llegado á formar en parte del pueblo, de cuya plebe comunmente nacia, una especie de singular demagogia pordiosera y afrailada, supersticiosa y muy repugnante.

Sirvió á todos de fiel instrumento para sus fines la misma ley electoral, que adoptando un modo indirecto de eleccion, que pasaba por nada ménos que por cuatro grados ó escalones, favorecia sordos manejos y muy deplorables amaños, más fáciles de ejercer en esta ocasion por no haberse exigido de los votantes propiedad alguna ni especial arraigo; dando así, con desacuerdo grave, franca y anchurosa entrada al goce de los derechos políticos á hombres de poco valer y á la vulgar muchedumbre, muy sometida naturalmente al antojo y voluntad de las clases poderosas y privilegiadas.

Hechas las elecciones en este sentido, déjase discurrir cuán útil fué para la conservacion del nuevo órden de cosas que no llegasen á las Córtes de tropel todos los recién elegidos, y que permaneciesen en su seno muchos diputados de los antiguos. Sucediendo así, mantuviéronse en equilibrio los partidos, y casi en el mismo estado en que se encontraban al cerrarse las extraordinarias, yendo desapareciendo poco á poco el de los americanos; pues muertos sus principales jefes, tuvieron que ceder los otros en sus pretensiones y unirse á los europeos liberales, amenazados, como ellos, en su suerte futura si llegase á triunfar del todo el bando contrario.

De los diputados de las extraordinarias que continuaron tomando asiento en las actuales Córtes, resplandeció á la cabeza D. Isidoro Antillon, ya ántes nombrado, cuyas opiniones, incomodando á ciertos hombres desalmados que por desgracia contaba entre los suyos el partido antireformador, provocaron de parte de ellos en la isla de Leon una tentativa de asesinato contra la persona de este diputado, tanto más alevé, cuanto hallábase Antillon imposibilitado de emplear defensa alguna por el estado achacoso y flaco de su salud. A dicha no consiguieron del todo los homicidas su depravado objeto, si bien le maltrataron, amparados de la soledad y lobreguez de la noche, que los puso en salvo: precursor indicio del fin lastimoso y no merecido que habia de caber á este diputado célebre más adelante, dado que con visos de proceder jurídico. Distinguióse tambien desde luégo, pero entre los nuevos, D. Francisco Martinez de la Rosa, cuya fama, creciendo en breve, colocó pronto al lado de los primeros campeones de la libertad española y de las buenas ideas, brillando por su instruccion y acabadas dotes, de las que eran las más señaladas incontrastable entereza, y bellissimo, florido, fácil y muy elocuente decir. Descubriáanse despues, aunque en mayor ó menor lontananza, las personas de D. Tomas Istúriz, D. José Canga Argüelles y D. Antonio Cuartero; arrimándose á este partido, que era el liberal, algunos eclesiásticos de los recién llegados, entre los que merece particular noticia D. Manuel Lopez Cepero, informado en letras, de ameno trato y de gusto probado y bueno en el estudio de las bellas artes. Hubo diputados que se dieron á conocer tambien en el partido opuesto, ó sea antireformador; pero éstos, en lo general, más tarde; por lo que sólo irémos mentándolos segun vayan dando ocasion los debates y los acontecimientos.

Luégo que se abrieron las Córtes ordinarias presentó, conforme á lo dispuesto en la Constitucion, el secretario del despacho de Hacienda el estado de ésta y los presupuestos de ingresos y gastos; lo cual parecia á primera vista ser redundante, ya discutidos y aprobados los de 1814 al concluirse las sesiones de las extraordinarias. Pero forzoso era proceder así, mandándolo expresamente la Constitucion, y no siéndole lícito al Ministro, sin incurrir en responsabilidad, separarse en nada de lo que aquélla prevenia en su letra.

Los presupuestos ahora presentados eran idénticos á los de ántes, con alguna rectificacion, aunque muy leve, respecto del total de la fuerza armada. Trazaba en su contexto el encargado á la sazón de aquel ministerio, D. Manuel Lopez Araujo, un cuadro muy lamentable del país y sus recursos; consecuencia precisa de guerra tan larga y devastadora, y

de los desórdenes de la administracion, aumentados con el sistema de suministros hechos por los pueblos, que acumulaba á veces sobre unas mismas provincia las obligaciones y pedidos que debian repartirse entre otras.

Proponía el Ministro, para cubrir el desfaldo que resultaba el medio que se habia adoptado en las Cortes extraordinarias; esto es, el de la nueva contribucion directa. Agregaba á éste el de un empréstito en Londres de diez millones de duros, que, como otras veces, quedó sólo en proyecto, no conocidas aún bien en España semejantes materias. Hubo anticipaciones del gobierno británico, en que nos ocuparíamos despues, escaseando cada vez más las remesas de América, de las que, como de las entradas en Cádiz, no harémos ya especial recuerdo, abrazándolas todas ahora el presupuesto general de la nacion.

Los otros asuntos en que anduvieron atareadas las Córtes ordinarias durante su permanencia en Cádiz y la isla de Leon, redujéronse por lo comun á mantener intacta la obra de las extraordinarias, y á aclarar dudas y satisfacer escrúpulos. Mandaron, sin embargo, ademas, que aprontasen los pueblos un tercio anticipado de la contribucion directa, y admitieron el ofrecimiento de ocho millones de reales que por equivalente de várias contribuciones hizo la Diputacion de Cádiz; aprobando asimismo un reglamento circunstanciado que para su gobierno y direccion habia extendido la junta del Crédito Público.

Espinosa en sí misma, y grave, fué otra cuestion que por entónces ventilaron tambien las Córtes. Trataban en ella nada ménos que del mando concedido á lord Wellington; versando la disputa acerca de las facultades que habia éste de tener como generalísimo del ejército. Deseaba Wellington que se le ampliasen para dar más unidad y vigor á las operaciones militares, y oponiase á ello la Regencia del reino, naciendo de aquí una correspondencia larga y enfadosa, en la cual medió, para empeorar el asunto, enemistad personal del ministro de la Guerra D. Juan de Odonojú, irlandés de origen, mal avenido con los ingleses.

Temiendo la Regencia que resultasen de la querrela compromisos funestos, resolvió, para descarpar su responsabilidad, someter el negocio á la determinacion de las Córtes. Verificólo así en la isla de Leon, y hubo con este motivo largas discusiones y vivas reyertas; queriendo valerse de la ocasion, unos para privar del mando á lord Wellington, y otros para acriminar al Gobierno, y tal vez obligarle á dejar su puesto.

Por fortuna, estando ya las Córtes en víspera de trasladarse á Madrid, dilatóse el decidir cuestion tan grave; y al instalarse aquéllas en la

capital del reino, corrieron tan veloces y prósperos los sucesos políticos y militares, que el mismo lord Wellington y los que promovian su causa en las Córtes, satisfechos con ver alejado del ministerio á D. Juan de Odonojú, atizador de la discordia, desistieron de su intento, conociendo cuán importuno sería resucitar semejante contienda; por lo que no hubo que tomar resolucion ninguna sobre un asunto que al principio habia excitado tanto calor y porfía.

En esto, aflojando la fiebre amarilla y mejorándose por días el estado de la salud pública, levantóse en toda España un deseo general y muy vivo de que se restituyese el Gobierno al centro de la monarquía y á su capital antigua. Condescendiendo en ello las Córtes, decretaron suspender sus sesiones en la isla de Leon el 29 de Noviembre de 1813, para volverlas á abrir en Madrid el 15 del próximo Enero de 1814. Tuvo lo cual efecto, poniéndose sin tardanza en camino la Regencia y las Córtes, con sus oficinas, dependencias y largo acompañamiento. Consentian tambien la traslacion los acontecimientos de la guerra, favorables siempre y más dichosos cada dia. En el Setiembre permanecieron, sin embargo, quietos los ejércitos en la parte occidental de los Pirineos, queriendo lord Wellington dar respiro y algun descanso á las tropas aliadas, reparar sus pérdidas, aguardar municiones y aprestos militares, y proceder en todo con detenimiento para asegurar el logro de sus ulteriores planes.

Conservaban los ejércitos casi las mismas estancias de ántes, prolongándose desde la desembocadura del Bidasoa hasta los Alduides, en donde formaba ahora la extremidad de la línea la octava division, del cargo de D. Francisco Espoz y Mina, de la cual un trozo bloqueaba el castillo de Jaca, y otro amagaba á San Juan de Pié de Puerto y valle de Baigorri. Por el lado opuesto colocóse el general Graham, luégo que se desembarazó del sitio de San Sebastian, hácia el estribo más fuerte del Aya, cubriendo el valle que forma con el Jaizquivel, entre cuyos dos montes construyéronse obras á manera de segunda línea, reforzada la primera, que se extendia por las orillas del Bidasoa, camino arriba de aquellas asperezas. Mantenía lord Wellington sus cuarteles en Lesaca.

Los suyos el mariscal Soult en San Juan de Luz, á cuyo ejército se iban incorporando 30.000 conscriptos sacados al intento del mediodía de Francia, poniendo aquel caudillo especial conato en mejorar la organizacion y en castigar cualquier descarrío y falta de sus soldados con inflexible severidad. Habia tambien él mismo enrobustecido las obras de campaña de su primera línea y levantado otros resguardos, segun irémos viendo en el curso de nuestra narracion.

Resuelto Wellington á acometer, recomendó de nuevo el buen orden y la disciplina, dando vigor á sus anteriores disposiciones, cuya observancia hacíase ahora más necesaria, yendo los ejércitos combinados á pisar el territorio enemigo. Repartió el 5 lord Wellington á los principales jefes una instruccion para el ataque, empezando los preparativos en la noche del 6, que fué muy borrascosa, con relámpagos, lluvia y truenos; pero favorable á los aliados, que encubrían mejor así su marcha y maniobras, no ofreciéndoles, bajo otro respecto, el temporal impedimento alguno. Imposible, con todo, era emprender la arremetida hasta dadas las siete de la inmediata mañana, á causa de la marea, debiendo servir de señal para los ingleses un cohete disparado desde un campanario de Fuenterrabía, y para los españoles una bandera blanca plantada en San Marcial, ó en su defecto, tres grandes ahumadas.

Estaba convenido verificar á un tiempo el avance por toda la línea y cruzar el Bidasoa, término de España, cuyo reino acaba allí, á la derecha del río, segun se ve establecido desde muy antiguo, y explícitamente reconoció (1) Luis XI de Francia en as vistas que tuvo con Enrique IV de Castilla por los años de 1463, conferenciando ambos monarcas en aquella misma ribera.

Dada la señal, moviéronse por la izquierda del ejército coligado las divisiones primera y quinta británicas y la brigada portuguesa del cargo de Wilson, distribuidas en cuatro columnas, y atravesaron el rio por tres vados fronteros á Fuenterrabía, y por otro que se divisaba cerca del antiguo puente de Beovia, en donde debia echarse prontamente uno de barcas. Verificaron los aliados el paso con distinguido valor, y tocando tierra de Francia acometieron desde Andaya la altura de Luis XIV, que ganaron esforzadamente, tomando siete cañones en los reductos y baterías. Al propio tiempo empezó tambien la embestida D. Manuel Freire, que continuaba rigiendo el cuarto ejército, con su tercera y cuarta division y con la primera brigada de la quinta, bajo la direccion inmediata de D. Pedro de Bárcena y de D. Juan Diaz Porlier. Habíalo Freire dispuesto todo atentamente para atravesar el rio por vados más arriba de los

(1) «.... Y al tiempo que quiso hablar (Enrique IV, rey de España) con el rey Luis, de Francia), tenia un bastan en la mano: desembarcado en la orilla y arenal donde el agua podía llegar en la mayor creciente, dijo que allí estaba en lo suyo, y que aquélla era la raya dentre Castilla y Francia, y poniendo el pié más adelante, dijo: «Ahora estoy en España y Francia»; y el rey Luis respondió en su lengua: «*Il est vérité: decís la verdad.*» (*Historia general de España*, por el P. Juan de Mariana, lib. XXIII, cap. V).

que cruzaban los anglo-portugueses; junto á los cuales y por el de Saraburo se adelantó la segunda brigada de la tercera division, á las órdenes de D. José Ezpeleta, cuyo jefe, viendo vacilar por un instante á sus tropas de resultas de la muerte del bizarro coronel de Benavente D. Antonio Losada, empuñó una bandera, y arrojándose al rio con intrepidez esclarecida, mantuvo el ánimo en los suyos, que á porfía le siguieron entonces, apoderándose sin dilacion de los puestos fortificados y casas de la parte baja de Biriadou. Cruzó la cuarta division, al mando interino de D. Rafael de Goicoechea, el Bidasoa por los vados superiores al de Saraburo, que llevan el nombre de Alunda y las Cañas, y queriendo trepar hasta la parte alta del mismo Biriadou, consiguiólo, y rodeó, además, los atrincheramientos que tenian los enemigos en el descenso de la montaña eo Mandale, cogiéndoles tres cañones. Distinguióse aquí el regimiento de voluntarios de la Corona, capitaneado por D. Francisco Balanzat. En seguida acometieron los nuestros la Montaña Verde y desalojaron á los franceses, persiguiéndolos camino de Urogne obstinadamente. Apoyaba las maniobras contra Biriadou, yendo de reserva, y á las órdenes de don Francisco Plasencia, la primera brigada de la quinta division. La tambien primera de la tercera vadeó el rio por Orañibar, Lamiarri y Picagua, teniendo á su cabeza á D. Diego del Barco, y encaramóse por la derecha de Mandale con sumo brío, posesionándose de la cumbre casi de corrida. De este nodo ganaron los españoles del cuarto ejército todos los puntos que se les indicaron, fortalecidos y escabrosos, pero que cedieron á su valentía, probada ya tantas veces, y no desmentida ahora.

Tampoco so dormian á la propia sazón las tropas de la derecha aliada, embistiendo el Baron Alten con la division ligera británica, sostenida por la española de D. Francisco Longa, los atrincheramientos de Vera, y á su diestro costado la montaña de La Rhune el ejército de reserva de Andalucía, que gobernaba D. Pedro Agustin Giron. Felizmente consiguió Alten su objeto, y tomó 22 oficiales y 700 soldados prisioneros. Por su lado, tratando nuestro general tambien de cumplir con lo que se le habia prevenido, dispuso acometer la ya expresada montaña de La Rhune, atalaya de aquellos contornos y lugar de sangrientas lides en la campaña de 1794. Verificólo Giron, distribuida su gente en dos columnas, que regian D. Joaquín Virués y D. José Antonio Latorre, arrollando ambos cuanto encontraron, y obligando al enemigo á guarecerse en la cima peñascosa y en muchas partes inaccesible, en donde se divisa una ermita ó santuario muy venerado de los naturales, y aún del país vecino. Mas en vano intentó Giron arrojar á los contrarios de su refugio; re-

tardando la marcha de los españoles lo dificultoso y áspero del terreno, y poniendo fin al combate la noche, que sobrevino. Pudieron durante toda ella y á su sombra permanecer los franceses en aquel sitio y en una loma inmediata, pero no por mucho más tiempo. Porque acudiendo allí lord Wellington en la mañana del 8, registrado que hubo el campo, determinó pelear, persuadido de que lo verificaria ventajosamente por la derecha, si unia este ataque con el que á la vez se diese á unas obras de campaña que tenian los enemigos al frente del campo de Sare. De acuerdo lord Wellington con D. Pedro Agustin Giron, y reconcentrado el ejército de éste, mandóse á poco al regimiento de órdenes, bajo la guía de su coronel D. Alejandro Hore, arremeter contra la loma de que estaban enseñoreados los enemigos, próxima á La Rhune y sobre la derecha nuestra; lo cual se ejecutó tan cumplidamente, que el mismo Wellington dijo en su parte «que aquel ataque era tan bueno como el mejor, ya por el denuedo en él desplegado, ya por su bien entendido órden.»

Alcanzado semejante triunfo, los cazadores del propio cuerpo de órdenes y los de Almería desalojaron á los enemigos de unos atrinchamientos que cubrian la derecha de su campo de Sare; recogiéndose á éste de golpe los vencidos, otros que venian en su socorro y la division de Conroux, que ocupaba el llano. Destacamentos británicos de la division de lord Dalhousie, enviados por el puerto de Echalar, guarnecieron las diversas obras que habian evacuado los contrarios; quienes, ántes de la madrugada del 9, desampararon tambien la cumbre y ermita de La Rhume, de cuyos puestos se posesionaron al instante las tropas del general Giron, acampadas al raso en aquellas faldas; con lo que se dió fin dichoso á la disputada refriega.

Ascendió la pérdida total de los aliados, en los diversos dias y combates, á 579 ingleses, 233 portugueses y 750 españoles: mayor la de éstos por habérseles encomendado la arremetida de los sitios más arriesgados y expuestos. Los franceses, a pesar de sus descalabros, no se abatieron, y ántes cobraron aliento el 12 de resultas de haber sorprendido ellos por la noche un reducto y hecho unos cuantos prisioneros, queriendo el 13 atacar los puestos avanzados del ejército de D. Pedro Agustin Giron, y recuperar las obras que habían perdido; pero inútiles sus esfuerzos, viéronse sus huestes repelidas y escarmentadas.

Dentro ahora de Francia el ejército anglo-hispano-portugues, tuvo la gloria de ser el primero de todos los de las potencias coligadas contra Napoleon que pisó aquel territorio, mirado poco ántes como sagrado y casi impenetrable, guarecido del todo de invasiones extrañas. Al entrar

allí dificultoso era contener por una parte los excesos de los soldados, y por otra los desmanes del paisanaje desordenado y suelto. En ambos extremos paró Wellington su atención muy cuidadosamente. Hizo en el último saludable escarmiento pocos días ántes del paso del Bidasoa, con ocasión de haber hecho fuego á los soldados hácia Roncesvalles algunos paisanos franceses de los contornos; pues á catorce de ellos que se cogieron enviólos á Pasajes, y los mandó embarcar como prisioneros de guerra para Inglaterra. Providencia que causó en la gente rústica efecto maravilloso, y mayor que la de arcabucearlos, que pudiera haber introducido despecho en sus ánimos.

No ménos solícito anduvo Wellington en reprimir al ejército. Fueron los ingleses los primeros que en él se desmandaron, quemando en Urogne casas y cometiendo otros desórdenes, sirviéndoles de ejemplo varios oficiales suyos (2), segun cuentan sus propios historiadores; siendo en parte éstas las mismas tropas que entraron á saco y arrasaron la malaventurada ciudad de San Sebastian. Impúsoles Wellington recio castigo. No dieron motivo á tanta queja los españoles, si bien más disculpables en sus excesos, que para algunos hubieran llevado visos de mera y justa represalia. Los prebostes ingleses tan sólo arrestaron á unos pocos zagueros, que por ladrones ahorcaron: eran de la division de Longa, y por lo mismo, soldados de origen guerrillero, atentos al cebo del pillaje y la pecorea. Observaron los demas rigurosa disciplina, aguantando con admirable paciencia escaseces y privaciones duras.

Asegurado lord Wellington en estancias ventajosas allende los Pirineos, y echados tres puentes en el Bidasoa, no juzgó conveniente proseguir en sus operaciones ántes de que se rindiese la plaza de Pamplona. A esta ciudad, capital del antiguo reino de Navarra, con 15.000 almas de poblacion, riégala el Arga, y la rodean fortificaciones irregulares, que afianza una ciudadela erigida casi al sur, de figura pentágona, empezada á construir en el reinado de Felipe II, y mejorada ella y el recinto entero sucesivamente con obras trazadas al modo de las que practicó en diversas partes de Europa el insigne Vauban. Determinóse desde un prin-

(2) «Some of the officers were more culpable than the troops, for they used no exertions to prevent the outrages which they saw. Lord Wellington as soon as he was informed of this misconduct, republished his former orders and accompanied them with a severe reprimand declaring his determination not to command officers who would not obey his, and of sending some of them who had been thus grossly inmindful of their duty to England, that their names might be brought under the notice of the Prince Regent.» (*History of the peninsular war*, by Robert Sonthey, Esq., vol. III, chapter XLV.)

cipio, segun hemos visto, someter por bloqueo la plaza; mas los cercados mostráronse firmes en tanto que mantuvieron viva la esperanza de que los socorriesen de Francia. Era gobernador por parte de los enemigos el general Cassan, y por la nuestra continuaba dirigiendo el asedio D. Carlos de España, aunque presente el Príncipe de Anglona con una division de 4.000 hombres del tercer ejército, de que era general en jefe.

Trascurriendo el tiempo y menguando los víveres, introdujose desmayo en los defensores, los cuales propusieron ya el 3 de Octubre que se permitiese la salida á los paisanos, 3.000 en número, ó que se facilitasen á éstos para su manutencion 7.000 raciones diarias, diputando persona de confianza que asistiese á la distribucion. Respondióseles que como por edicto de los mismos franceses se hubiese prevenido á los vecinos y residentes en Pamplona que hiciesen acopio de víveres para sólo tres meses, espirados éstos en 26 de Setiembre, tocaba á las autoridades de la plaza y era incumbencia suya propia subvenir á las necesidades de sus moradores, ó de lo contrario capitular; intimando, ademas, D. Carlos de España al Gobernador que se le tomara estrecha cuenta, al tiempo de la rendicion, de la vida de cualquier español que hubiese perecido por la escasez ó el hambre. No cejando aún así los cercados en su propósito, verificaron el 10 una salida en que al principio lo atropellaron todo, alojándose en atrincheramientos colocados en el demolido fuerte del Príncipe; mas acudiendo al combate unas compañías que acaudillaba el ayudante segundo de estado mayor D. José Antonio Facio, pertenecientes á la fuerza del Príncipe de Anglona, detuvieron á los acometedores y los arrojaron á bayonetazos del puesto que habian ganado, oprimiéndolos y acosándolos hasta el glácis de la plaza.

Entre tanto, noticioso D. Carlos de España de que los sitiados pensaban en el arrasamiento total de Pamplona, trató de impedirlo haciendo saber el 19 al Gobernador que si tal sucediese tenía órden de lord Wellington de pasar por la espada la plana mayor y la oficialidad, y de diezmar la guarnicion entera. Replicó el frances con desden y altaneramente, yendo adelante en el terrible intento de dismantelar la plaza. Pero creciendo el hambre, moderáronse ímpetus tan arrebatados; y ya el 24 comenzó el Gobernador á querer entrar en algun ajuste, pidiendo se le dejase á él y á los suyos tornar libremente á Francia. Se negó España á esta demanda, que creyó excesiva, corriendo algunos dias en conferencias y pláticas. Los últimos de Octubre habian llegado ya, cuando viniéndose á buenas el Gobernador, firmóse el 31 la capitulacion, segun la cual quedaba la guarnicion francesa prisionera de guerra. Posesionáron-

se los españoles de la plaza inmediatamente, no habiendo padecido las fortificaciones perjuicio ni deterioro.

Reconquistada Pamplona, aún respiró más libre y desembarazada toda esta parte del norte de España, no restando ya en poder del enemigo más que Santoña, cuyo bloqueo estrechaban los nuestros.

No ménos que otras provincias de España, experimentaron pérdidas y cercenamiento en sus bienes Navarra y las provincias Vascongadas, opresas siempre, y no cesando el tráfico de la guerra en su suelo, semillero fecundo de partidarios y numerosas cuadrillas. Segun noticias que conservan los pueblos y los particulares, hay quien gradúe subieron á veces las cargas y exacciones á un 200 por 100 de la renta anual. Cómputo no tan exagerado como á primera vista parece, si se atiende á que sólo el señorío de Vizcaya aprontó al gobierno intruso por contribuciones ordenadas 38.729.335 reales vellon suma enorme y muy superior á lo usado en aquel país; no incluyéndose en las partidas otras cobranzas y derramas extraordinarias impuestas sin cuenta ni razon y antojadizamente.

Luégo que supo lord Wellington la rendicion de Pamplona, con lo que se ponía libre y se despejaba su derecha, pensó en internarse en Francia, y en alejar á Soult más y más de la frontera de España. Este mariscal hallábase apostado en puntos ventajosos y muy fortalecidos á las márgenes del Nivelles, que descarga sus aguas en el mar por San Juan de Luz. Descansaba la derecha del ejército frances en frente de este pueblo y á la izquierda del río, en una eminencia que domina á Socoa, puerto ruin á la desembocadura; habiendo los enemigos construido allí y en derredor de una ermita un reducto, cuyas defensas se unian por atrincheramientos y árboles cortados con Urogne, protegiendo, ademas, aquellos puntos inundaciones que cubrian á Ciboure. Alojábase el centro del propio ejército en alturas que se levantan detras del pueblo de Sare, y tambien en la que llaman la Petite-Rhune, la cual, si bien sojuzgada por la otra del mismo nombre, más erguida, ganada por los españoles, y de la que la divide un angosto valle, todavía se alza bastante y domina las cañadas y país vecino. Y, en fin, la izquierda, colocada á la derecha del Nivelles, buscaba arrimo y aún asentábase en un cerro á espaldas del pueblo de Ainhoue, no ménos que en la montaña de Mondarin, que ampara la avenida ó entrada del propio lugar. Describía la posicion entera un semicírculo desde Urogne hasta Espelette y Cambo, resalido en Sare, que era el centro de ella. Todo su frente hallábase por lo general cubierto con una cadena de reductos y atrincheramientos que se eslabonaban por ce-

ros, colinas y altozanos. Conservaba el enemigo en San Juan de Pié de Puerto algunas fuerzas empleadas en la defensa de esta plaza y en observar al general Mina y otros cuerpos aliados.

No arredró á Wellington ver á su contrario tan encastillado y fuerte, y sólo las lluvias le pararon algunos días. Pero aclarando luégo el tiempo, decidióse el general inglés á trabar refriega, empezando por forzar el cuerpo enemigo, para establecerse despues mas allá del Nivelles.

Sir Rolando Hill capitaneaba la derecha aliada, compuesta de dos divisiones inglesas á las órdenes de sir Guillermo Stewart y sir Enrique Clinton; de la portuguesa del cargo de sir Juan Hamilton, y de la primera española del cuarto ejército, que dirigia D. Pablo Morillo, sin contar cañones y algunos jinetes. En el centro estaban por la diestra parte el mariscal Beresford y tres divisiones británicas, que mandaban los jefes Colville, Le-Cor y sir Lowry Cole; y por la siniestra D. Pedro Agustín Giron, acompañado del ejército de reserva de Andalucía. Destinábase la division ligera del Baron Alten y la sexta española del cuarto ejército, bajo don Francisco Longa, al acometimiento de la Petite-Rhune; moviéndose al compas del centro sir Stapleton Cotton, con una brigada de caballería y tres de artillería. Don Manuel Freire, asistido de la tercera y cuarta division y de la primera brigada de la quinta del cuarto ejército español, habia de marchar desde Mandale en dos columnas, que gobernaban D. Diego del Barco y D. Pedro de la Bárcena, una con direccion á Ascaín, y otra más allá, á la izquierda nuestra, y casa de Choquetemborde, permaneciendo algunos cuerpos en Arrequeicoborde y caseríos de Olete, como de reserva y para afianzar las comunicaciones de las columnas. A sir Juan Hope, sucesor del general Graham en el mando, correspondíale obrar por lo largo de la línea, desde donde estaba D. Manuel Freire hasta la mar; no pudiendo el último, ni tampoco sir Juan, con arreglo á instruccion recibida, empeñar refriega, y sí sólo aprovecharse de los descuidos en que el enemigo incurriese.

Colocado lord Wellington en el centro, dióse principio al combate en la madrugada del 10 de Noviembre, embistiendo sir Lowry Cole con la cuarta division británica un reducto construido muy esmeradamente en un terromontero que se divisa por cima de Sare, en donde hicieron los franceses firme rostro por espacio de una hora, hasta que le abandonaron recelándose de un movimiento de los españoles á retaguardia, y columbrando asimismo que se disponia á la escalada la infantería británica: sucedió igual caso con otra obra allí cercana. Esto, y haber acudido Wellington al primer reducto ganado, entusiasmó á las tropas, adelantándo-

se briosamente la tercera y la séptima division británicas bajo el mariscal Beresford, al paso que los nuestros de Giron acometieron el pueblo de Sare por la derecha, y que sir Lowry abrazaba su izquierda. Arrolláronlo todo los aliados, entrando con gran gallardía en dicho pueblo de Sare un cuerpo de españoles guiado por D. Juan Downie, quien mandó repicar las campanas para anunciar su triunfo con ruidoso pregon. Enseñoreóse tambien Cole de las cumbres más bajas, que están detras de Sare, en donde hizo parada. Feliz igualmente en sus acometidas el Baron Alten, forzó por su lado los atrincheramientos enemigos, uno en pos de otro, hasta apoderarse de la Petite-Rhune, yendo despues adelante para concurrir al total desenlace de las operaciones comenzadas.

Eran las diez de la mañana, en ocasion que Wellington se disponia á dar un general y simultáneo ataque contra la estancia más formidable de los enemigos en el centro, la cual se prolongaba largo espacio por detras de Sare. Sucedió bien por todas partes la tentativa, á la que coadyuvaron los españoles de D. Pedro Agustin Giron y los de Longa, abandonando los enemigos sus puestos y fortificaciones, construidas y rematadas á costa de trabajo y tiempo. Resistió con empeño un solo reducto, el más fuerte de todos, pero que al fin se entregó con un batallon de 560 hombres que le guardaba, despues de muchos coloquios y de idas y venidas.

No ménos que por el centro favorecia la fortuna á los aliados por su derecha, en donde cruzando el Nivelles sir Enrique Clinton con la sexta division británica, ayudada de la portuguesa que regía sir Juan Hamilton, desalojó á los franceses de los sitios que ocupaban, y les tomó reductos y bastantes despojos. La segunda division, tambien británica, del cargo de sir Guillermo Stewart, enseñoreóse de una obra á retaguardia, y D. Pablo Morillo á la cabeza de la primera division española del cuarto ejército acometió los apostaderos enemigos en las faldas del Mondarin, y los repelió, amparando así las maniobras de los ingleses, dirigidas contra los cerros que yacen por detras de Ainhoue, los cuales tomó sir Rolando Hill, arrojando al enemigo via de Cambo. Las dos de la tarde eran, y ya los aliados tenian por suyas las posiciones de los contrarios, á espaldas de Sare y Ainhoue.

Porta izquierda corrieron igual y dichosa suerte las tropas combinadas. Se posesionó D. Manuel Freire de Ascain por la tarde, y sir Juan Hope desalojó á los franceses del reducto plantado en la eminencia cercana á Socoa, de que hemos hablado, hostigándolos hasta llegar á las inundaciones que cubrian á Ciboure.

Durante una hora habia lord Wellington hecho alto para dar respiro á sus tropas, é informarse de cómo andaba el combate por los demas puntos. Conseguido el primer objeto, y cerciorado de cuán venturosa por doquiera corria su estrella, dispúsose á formalizar una arremetida bien ordenada contra las eminencias y cerros que aparecen por detras de Saint-Pé, pueblo á una legua de los aliados, situado á la márgen derecha del Nivelles, por donde se habia ido retirando el centro enemigo. Verificó el general inglés su intento atravesando pronto aquel rio, de corriente rápida y allí no vadeable, por un puente de piedra frontero á Saint-Pé, y por otros dos situados más abajo. No era tan factible tomar despues las alturas de intrincado acceso, y así, trabóse combate muy reñido, en que, al cabo, ciando los contrarios, vencieron los nuestros y se enseñorearon del campo. Situóse de resultas el mariscal Beresford á retaguardia de la derecha francesa, quedándose lo demas del ejército en los puntos que habia ganado ántes, no queriendo arriesgarse á más por causa de la noche, que se acercaba.

Pero en ella, temerosos los franceses de que el mariscal Beresford no se interpusiese entre San Juan de Luz y Bayona, evacuaron la primera de ambas ciudades y sus obras y defensas, y llevaron rumbo hácia la segunda por el camino real, rompiendo de antemano los puentes del Nivelles en su parte inferior; destrozó que retardó lograr el perseguimiento que meditaba sir Juan Hope, obligado este general á reparar el puente que une á Ciboure con San Juan de Luz, como indispensable para facilitar el paso de las tropas y los cañones. Tambien en aquel día, que era el 11, adelantaron el centro y la derecha aliada, mas sólo una legua, no permitiendo mayor progreso el cansancio y lo perdido y arruinado de los caminos. Niebla muy densa impidió el 12 moverse desde temprano, y no hubo necesidad ni apuro de verificarlo más tarde, noticioso lord Wellington de que en el intervalo el mariscal Soult se había recogido á un campo atrincherado y fuerte, dispuesto de tiempo atras, junto á Bayona, para resguardo y sostenimiento de sus tropas en retirada. Logró así el general inglés lo que apetecia, habiendo ganado la márgen derecha del Nivelles y los puestos y fortificaciones del enemigo, y arrojado tambien á éste contra Bayona y sus ríos.

Perdieron los aliados en estos combates unos 3.000 hombres en todo; más los franceses, dejando en poder de aquéllos 51 cañones, 1.500 prisioneros y 400 heridos que no pudieron llevarse.

Se detuvo lord Wellington en Saint-Pé dos ó tres dias, y albergóse en casa del cura párroco, hombre de agudo ingenio y de autoridad en la tie-

rra vasca, muy conocedor del mundo y sus tratos. Ocurrencia que recordamos como origen de un suceso no desestimable en su giro y resultas. Fué el caso, que complacido lord Wellington con la buena acogida y grata conversacion del eclesiástico, conferenciaba con él en los ratos ociosos sobre el estado del país, acabando un dia por preguntarle «qué pensaba acerca de la llegada á la frontera de un príncipe de la casa de Borbon, y si creía que su presencia atrajese á su bando muchos parciales.» Respondió el cura «que los veinte y cinco años transcurridos desde la revolucion de 1789 y los portentos agolpados en el intermedio daban poca esperanza de que la generacion nueva conservase memoria de aquella estirpe. Pero (añadió) que nada se perdía en hacer la prueba, siendo de ejecucion tan fácil.» Wellington, que probablemente revolvía ya en su pensamiento semejante plan, trató de ponerle por obra, alentado, sobre todo, con la reflexion última del eclesiástico, por lo que al efecto escribió á Inglaterra recomendando y apoyando la idea. No desagradó ésta al gabinete de San James, consintiendo á poco que diese la vela para España el Duque de Angulema, primogénito del Conde de Artois, á quien llamaban Monsieur, como hermano mayor del que ya entónces era tenido entre sus adictos por rey de Francia bajo el nombre de Luis XVIII. Desembarcó en la costa de Guipúzcoa el de Angulema, encubierto con el título de conde de Pradel, y acompañado del Duque de Guiche y de los condes Etienne de Damas y d'Escars, yendo á buscarle de parto de lord Wellington á San Sebastian el coronel Freemantle, de donde se trasladaron todos á San Juan de Luz, lugar á la sazón de los cuarteles ingleses.

Allí le dejarémos por ahora, guardando para más adelante el volver á anudar el hilo de la narracion de este hecho, que casi imperceptible en sus principios, agrandóse despues y se convirtió en más abultado.

Habiendo entre tanto las lluvias y lo crudo de la estacion hinchado los rios y los arroyos, y puesto intransitables los caminos, en particular los de travesía, aflojó lord Wellington en sus operaciones, y haciendo mansion en San Juan de Luz, forzoso le fué, para evitar sorpresas ó repentinos ataques del ejército frances, más temible por cuanto estaba más reconcentrado, establecer una línea defensiva que, empezando en la costa á espaldas de Biarritz, se prolongaba por el camino real, viniendo á parar al Nive, enfrente de Arcangues y cerca de una quinta de M. Garat, famoso ministro de la Justicia en tiempos de la Convencion. Proseguia despues dicha línea lo largo de la izquierda de aquel rio por Arrauntz, Ustaritz, Larresore y Cambo, cuyo puente habían los contrarios inutilizado del todo.

Cada día se esforzada más Wellington en mantener en sus tropas rígida disciplina, siempre receloso de que la continuacion de la guerra en país enemigo no diese márgen á que se traspasasen los límites de la obediencia y buen órden, mayormente teniendo el ejército aliado que padecer privaciones y acerbos penalidades, no bastando á impedir las inmensos recursos de que disponia la Gran Bretaña, inciertas las arribadas por mar con lo invernizo de la estacion y lo bravo de aquellas costas, y lentos y nada seguros los abastecimientos por tierra, que venian á costa de muchos dineros y desembolsos, hasta del corazon y provincias lejanas de España, en donde el ganado lanar y vacuno llegó á tomar un valor excesivo, arrebatándole los comisarios ingleses á cualquiera precio de los campos y mercados. Si temores tenía Wellington respecto de sus soldados, más le asaltaban en cuanto á los nuestros, escasos de todo, acampados al desabrigo ó bajo miserables barracones, comiendo corta ó escatimada racion, sin vestuario apénas algunos cuerpos, destruido el calzado de los más ó roto, muchos los enfermos, y desprovistos los hospitales aún de regular ó pasadera asistencia. Consecuencia necesaria, ya de los males que abrumaban á todos, y procedian del mismo origen, y ya de los que eran peculiares á los españoles, agotados sus haberes y caudales con la prolongada guerra, y no ayudados por la administracion pública, nunca bien entendida en sus diversos ramos, y no mejorada ahora; dolencia añeja y como endémica del suelo peninsular, á los remedios muy rebelde y de curacion enfadosa y tarda.

Cierto que los nuestros sobrellevaban sus padecimientos con admirable resignacion, sin queja ni desman notables. Mas previendo Wellington cuán imposible se hacia durasen las cosas largo espacio en el mismo ser, resolvió tornasen los españoles al país nativo por huir de futuros y temibles daños, y tambien por no necesitar entónces de su apoyo y auxilios, decidido á no llevar muy adelante la invasion comenzada, en tanto que no abonanzase el tiempo y que no penetrasen en Francia los aliados del Norte. Así fué que D. Manuel Freire estableció su cuartel general en Irun, regresando á España las divisiones tercera, cuarta y sexta, y la primera brigada de la quinta, todas del cuarto ejército, quedándose sólo con los ingleses la de D. Pablo Morillo, que era la primera. La segunda, séptima y octava, y la segunda brigada de la quinta continuaron donde estaban; á saber, guarneciendo á Pamplona y San Sebastian, y en los bloqueos de Santoña y Jaca, si bien la segunda division no tardó en acercarse al Nivelles. Poca caballería habia pasado ántes á Francia, yéndose lo más de ella en busca de subsistencias á Castilla, adonde igualmente

fué destinada la sexta division, del cargo de D. Francisco Longa. Permanecieron las demas en las provincias fronterizas para acudir al primer llamamiento de Wellington y cubrir sus espaldas en caso de necesidad. Acantonóse en el valle de Baztan el ejército de reserva de Andalucía, alejándose despues hasta Puente la Reina y pueblos inmediatos.

Aunque no tuviese lord Wellington el proyecto de extender ahora sus incursiones, queria, sin embargo, ántes de hacer su última y mayor parada, cruzar el Nive y enseñorearse de parte de sus orillas. Empresa no fácil, apoyado el mariscal Soult en el fortalecido y atrincherado campo de Bayona, cuyos aproches cubrian los fuegos de aquella plaza, situada en donde el Adour y Nive se juntan en una madre; por lo cual hizo sólo resolución el general inglés de adelantar su derecha, conservando en la izquierda la misma línea, y limitando sus acometidas á apoderarse de los puntos que defendian los enemigos en el Nive superior, cuya posesion ofrecíale más desahogo para su gente y afianzaba sus estancias.

Para alcanzar su objeto, empezó Wellington á moverse el 8 de Diciembre, disponiendo que el 9 atravesase el Nive por Cambo sir R. Hill, sostenido en la maniobra por el mariscal Beresford, á cuya sexta division, del mando del general Clinton, tocó pasar aquel rio por Ustaritz. Ambas operaciones sucedieron bien, recogíendose los enemigos á unos montes que corren paralelos al Adour, apoyada su derecha en Villefranche, de donde los arrojaron en breve los anglo-portugueses, obligándolos á retirarse más léjos. Ayudó al buen éxito D. Pablo Morillo con la primera division española del cuarto ejército, quien pasó el mismo dia el Nive por los vados de la Isleta y Cavarre, y se enseñoreó del cerro de Urcuray y otros inmediatos, en los que quisieron los franceses hacerse firmes.

Por su lado favorecieron los movimientos de la derecha aliada sir Juan Hope y el general Baron Alten, arrollando el primero á los enemigos en Biarritz y Anglet, y distrayéndolos el segundo y causándolos daños por Bassussarry, á punto de tener que refugiarse en su campo la vuelta de Marrac, palacio ahora arruinado, y teatro años ántes de los escándalos referidos en su lugar.

Al siguiente dia 10, yendo sir R. Hill á proseguir sus operaciones, suspendiólas en vista de que sus contrarios se habian tambien recogido y metídose por aquel lado en su atrincherado y bien fortalecido campo; y ocupó la estancia que de antemano le habia señalado lord Wellington, descansando la derecha de dicho cuerpo de Hill hácia el Adour, su izquierda en Villefranche, y parándose el centro en la calzada inmediata á Saint Pierre. La division del general Morillo se apostó en Urcuray, y una

brigada de dragones ligeros británicos en Hasparren, destinadas ambas á observar y mantener en respeto al general Paris, quien, al cruzar los aliados el Nive, habíase corrido via de Saint Palais.

Mas en la mañana del mismo dia 10 habia trocado ya de papel el frances, convirtiéndose de acometido en acometedor. Para ello moviéronse todas sus tropas, ménos las que guarnecian las obras colocadas delante del general Hill, y tomaron la vuelta de las estancias de la izquierda del ejército aliado y de las de la division ligera, arrollando los puestos avanzados y áun empezando á batir los sitios fortalecidos. Pero el Baron Alten y sir Juan Hope repelieron todas las arremetidas, y áun cogieron 500 prisioneros. Hacia propósito el enemigo, al intentar esta maniobra, de poner á la derecha inglesa en la necesidad de regresar á la izquierda del Nive, y quedarse él solo en la otra más desembarazado para sus comunicaciones; lo cual no logró, en grave perjuicio suyo.

Ni áun aquí paró su desgracia, porque, concluida la refriega y ya anohecido, tres batallones alemanes, uno de Francfort y dos de Nassau Usingen, en número de 1.300 hombres, guiados por el coronel Krüsse, bávaro de nacion y criado en Hanóver, pasaron á las banderas aliadas, si bien con la condicion honrosa de ser trasladados á su país nativo, y de no hacer armas contra los que acababan de pelear á su lado y ser sus comilitones. Fatal golpe y de nocivo ejemplo para los enemigos, causador de disturbios y desconfianza suma entre los soldados que eran franceses y los extranjeros á su servicio.

Renovaron los contrarios sus ataques en los dos dias inmediatos al 10 contra la izquierda inglesa, mas sin fruto, mostrando gallardía notable sir Juan Hope y los oficiales de su estado mayor, heridos todos ó contusos.

Entónces proyectó el mariscal Soult revolver el 13 del lado de la derecha de los anglo-portugueses, y efectuólo dando contra ella un furibundo y desapoderado acometimiento. Habíalo previsto lord Wellington, y anticipóse á reforzar su línea por aquella parte con la sexta division británica. Dirigieron los enemigos su principal ataque por el camino real que va de Bayona á San Juan de Pié de Puerto, teniendo que resistir al impetuoso choque la brigada inglesa del general Barnes y la portuguesa del mando de Ashworth, sostenidas por la division, tambien británica, que regía Le-Cor, la cual recobró un puesto importante, avanzando esforzadamente por el lado izquierdo y hácia donde lidiaba, enfrente de Villefranche, el general Pringle. Otro tanto sucedió por el derecho, ens señoreándose de una altura y sustentándola con mucho brío las brigadas

británica y portuguesa, que gobernaban respectivamente los generales Bying y Buchan. Hubo otros reencuentros y choques igualmente gloriosos á los aliados, cuyas sólidas y macizas huestes no le fué dado romper, ni siquiera descantillar, al experto mariscal frances ni á sus arrojad tropas.

En los cinco dias que duraron los diversos choques, tuvo de baja el ejército combinado 5.029 hombres, casi la mitad portugueses, como que fueron quienes llevaron el principal peso de la refriega en la última jornada, la más mortífera y destructora. Perdieron los franceses sobre 6.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Desesperanzado el mariscal Soult de lograr por entónces cosa alguna de entidad, levantó mano y cesó en sus empresas, á pesar de acaudillar todavía 50.000 infantes y 6.000 caballos. Acantonóse por tanto, manteniéndose sobre la defensiva, con su derecha en el campo atrincherado en rededor de Bayona, su centro á la diestra márgen del Adour, extendiéndose hasta Por-de-Laune, en donde colocó su principal depósito, y su izquierda lo largo de la derecha del Bidouse desde su junta con el otro rio hasta Saint Palais: cubrió varios pasos de la orilla derecha de ambas corrientes, y no descuidó las fortificaciones de San Juan de Pié de Puerto y de Navarreins, atrincherando tambien á Das para al macen y abrigo de los auxilios y refuerzos que le llegaban de lo interior.

Conforme á lo que ya insinuamos, tampoco Wellington insistió en batallar, dejándolo para más adelante, y afianzando sólo y con mayor ahinco sus atrincheramientos. Púsose, si cabe, más en vela respecto de la disciplina; pues, internado en Francia, mal le hubiera venido que molestados y oprimidos los pueblos se hubiesen alterado y tomado parte en la guerra, lo que en verdad deseaba el mariscal Soult, procurando por eso que acudiese del ejército de Suchet al país vasco el general Harispe, baigorriano y muy dispuesto para organizar cuerpos francos, segun tenía acreditado en las campañas de 1793 y 1794. No dejaron sus esfuerzos de incomodar á los aliados, atajándoles á veces los pasos por retaguardia, y conteniendo las tentativas de don Francisco Espoz y Mina, que con parte de sus tropas asomaba por aquellos valles, con amagos de embestir la plaza de San Juan de Pié de Puerto, que aunque pequeña, estaba bastante fortalecida ahora.

De poca importancia represéntase lo ocurrido en Cataluña por este tiempo y hasta fines de 1813, parangonado con lo que hemos referido ya de la parte occidental de los Pirineos. Habia Napoleon elegido para coronel general de su guardia al mariscal Suchet, y agregado al ejército de

Aragón y Valencia el de Cataluña; lo cual en realidad no alteraba substancialmente el estado de las cosas, debiendo por disposición anterior juntarse todas aquellas fuerzas bajo la misma mano, siempre que se operase de un modo activo. Simplificóse, sin embargo, con la nueva medida la administración, y se excusaron disputas y competencias. Retiróse á Francia Decaen, que todavía gobernaba en Cataluña, cediendo á Suchet el puesto. Formaba este ejército así reunido un total que pasaba de 32.000 soldados.

Pero disminuyóse poco después su número en no ménos que en 9.000, llamado en breve á Italia el general Severoli con su división, compuesta de 2.000 combatientes, desarmados de súbito en Barcelona por decreto de Napoleón 2.400 alemanes, y retirados á Francia los gendarmes y gente escogida, sin que se enviase tropa alguna para llenar los huecos.

Proseguía Cataluña abrumada bajo el peso de sus cargas y no interrumpidas pérdidas y estragos, en particular Barcelona, que, asiento de la dominación francesa, sentía de más cerca y á la continua el daño, habiendo sido como entregada al saco. Tuvieron, sin embargo, los franceses que traer frecuentemente auxilios de Francia para poder subsistir, agotada la provincia, y ofreciendo obstáculos á las exacciones la irreconciliable enemistad y profundo ódio que abrigaban los catalanes constantemente en sus pechos contra la usurpación extranjera; al paso que sobrellevaban con noble desprendimiento los sacrificios y desembolsos que pedía de su fidelidad é inalterable celo el Gobierno legítimo. No ménos de 285.727.453 reales vellón (3) cómputase aprontó aquella provincia para el ejército nacional en los cinco años corridos desde 1809 hasta 1813, sin contar derramas y repartimientos que no ha sido dable se incluyan en la suma: exorbitante, por cierto, si se atiende á lo que por su lado arrancaron de los pueblos los invasores, y al deterioro y merma que causaba en los productos y haberes aquella guerra tan devastadora y de conquista, más sensibles y dolorosos en provincia de suyo tan industrial y fabril como lo es la Cataluña.

En cuanto á los reencuentros y combates que hubo en ella por este tiempo, apenas los hay que sean dignos de mencionarse. No dejaron, sin embargo, las tropas del primer ejército y los cuerpos francos y gue-

(3) Véase la *Gaceta de Vich* de 16 de marzo de 1814, en que se hallara inserto el estado que publicó D. Joaquín de Acosta y Montealegre, tesorero del ejército y principado de Cataluña.

rrillas á él agregados, de molestar al enemigo y conseguir algunos trofeos, por los meses de Setiembre, Octubre, Noviembre y fines de año, en Montalla, Sant Privat, Santa Eulalia, San Feliu de Codinas y otros lugares, regidos nuestros soldados por los entónces coroneles Valencia, Llauder, Manso y demas jefes ya conocidos y de nombre. Mandaba como Antes este ejército D. Francisco Copons y Navia, teniendo por lo comun sus reales en Vich. Se mantenian los anglo-sicilianos en las mismas estancias; y sólo en Diciembre, queriendo el mariscal Suchet sorprenderlos en Villafranca, donde tenian sus cuarteles, retiráronse advertidos á tiempo, yendo la division española del general Sarsfield, que los acompañaba, camino de la izquierda, y ellos más de dos leguas atras la vuelta de Arbós, para mejorar de puesto y reconcentrar todas sus fuerzas. Tornó Suchet, burlado en sus esperanzas, á las orillas del Llobregat y á la capital del principado, en cuya ciudad residia de ordinario ahora.

Por esta parte oriental de España tampoco levantaba mano el segundo ejército, bajo la guía de D. Francisco Javier Elío, en los bloqueos de las plazas y castillos que se encomendaron á su cuidado, con la dicha de que se fuesen tomando algunos. Así sucedió con el de Morella, que se entregó el 22 de Octubre al ayudante de estado mayor D. Francisco del Rey, quedando prisioneros 100 hombres que la guarnecian con su comandante Boissomacs. Vinieron tambien el 6 de Diciembre á partido otros tantos que defendian á Denia, y mandaba el jefe del batallon Bin, quien pactó la rendicion con D. Diego Entrena, que dirigia el asedio.

Al mismo compas y de tan buena medida para España íbanse arreglando las cosas de Alemania y de todo el Septentrion. Allí, comenzadas de nuevo las hostilidades, y unida el Austria á la coalicion europea, segun dijimos, llovieron sobre la Francia infortunios y tremendas desdichas, siendo para sus ejércitos de mortal ruina é indecible fracaso la derrota que padecieron sus huestes en Leipsick durante los dias 16, 17, 18 y 19 de Octubre, de cuyas resultas casi solo Napoleon, y sin aliados, repasó el Rin con los remanentes de sus destrozadas tropas, y regresó á París el 8 de Noviembre, desgajándose así, y una á una ó muchas á la vez, las ramas del excelso y robusto árbol de su poco ántes encumbrada dominacion, cuyo tronco mismo iba luégo á sentir los pesados golpes de dura, cortante y desapiadada hacha enemiga.